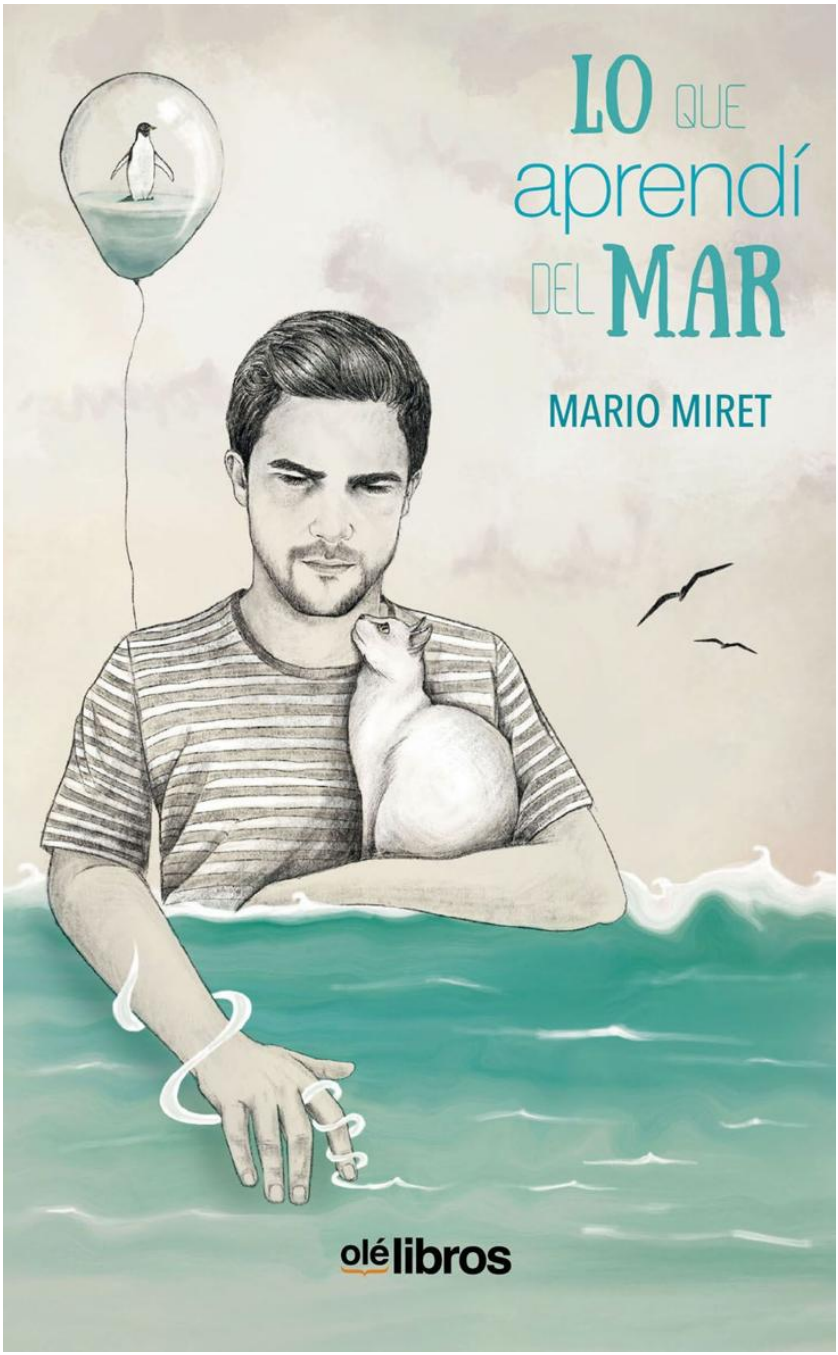
LO QUE
aprendí
DEL MAR
MARIO MIRET
olé libros

LO QUE APRENDÍ DEL MAR

Mario Miret Lucio

olé libros

LO QUE APRENDÍ DEL MAR

© Mario Miret Lucio

© Portada: Ana Sentieri

© de esta edición: Olé Libros, 2021

ISBN: 978-84-18759-42-0

Producción del ePub: booqlab

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Las solicitudes para la obtención de dicha autorización total o parcial deben dirigirse a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos).

KALOSINI, S. L.

Grupo editorial olélibros

equipo@olelibros.com

www.olelibros.com

A la Chica de los tirabuzones,
por enseñarme a amar.

PRÓLOGO

Hola, Chica de los tirabuzones.

No sé si algún día leerás estas líneas (ojalá que sí, porque son tan tuyas como mías), pero, en caso de hacerlo, quiero que sepas que este prólogo, escrito una vez acabada la redacción del libro, es un simple aviso de que ya he llegado.

Durante los tres años tan maravillosos de relación en que compartimos momentos buenos y otros que no lo fueron tanto, mantuvimos siempre el acuerdo de que, una vez llegáramos a casa después de un largo trayecto, teníamos que enviarnos un mensaje para alertar al otro de que habíamos entrado en casa sanos y salvos.

De eso mismo va este prólogo, de avisarte de que, tras diez meses escribiendo sobre nosotros, he regresado vivo de uno de los viajes más largos y duros a los que me he enfrentado nunca: escribir sobre nuestra ruptura. Diez meses desde que lo dejamos, exacto, porque al día siguiente de aquella fatídica tarde de diciembre en que me dijiste que lo nuestro había acabado, emprendí el camino que hoy me lleva a publicar mi primer libro o, mejor dicho, nuestro primer libro. La historia que, entre risas, siempre te comenté que un día escribiría se ha convertido en realidad. Así que, por suerte o por desgracia, este libro no es ningún sueño; es, simplemente, una necesidad.

Te aviso de que ya he llegado. Y de que sigo sin dormir bien por las noches, pero a eso ya me he acostumbrado (el insomnio tiene su encanto si me despierto con tu nombre escrito en el subconsciente). Ya he llegado. Y sigo pensando en ti, en qué estarás haciendo, si yo también apareceré en tus sueños; y, mientras tanto, te sigo escribiendo, releyendo este libro que marca el inicio de un camino cuyo destino es acostumbrarme a vivir sin ti, como cuando uno se despide de un ser querido, porque tú, Chica de los tirabuzones, también eres un ser querido para mí.

Así que aquí estoy, retomando la costumbre de enviar un mensaje avisándote de que he llegado. Ahora enciendo la televisión y, para

mi sorpresa, están echando una película en La 2 que me resulta conocida: *La gran familia*, de Fernando Palacios; por lo que he vuelto a recordar aquella noche del 1 de diciembre en la que nos quedamos dormidos en el sofá y, al despertar de madrugada, estaban poniendo esa misma película y tú, con los ojos llenos de legañas y la voz carrasposa, me dijiste: «Tienes que verla entera, esa es mi película favorita». Y yo me quedé despierto mirándola mientras te masajeaba la nariz y tú caías rendida a mi lado.

Pero, pese a esta jauría de nostálgicos recuerdos, he de decirte que este no es un libro triste, sino todo lo contrario. Esta historia emana felicidad incluso cuando de desamor se trata, porque no se me ocurre mejor manera de celebrar todo lo que he vivido contigo que con alegría y sentido del amor. Así que ojalá leas este libro en el que vas a llorar, vas a reír, vas a verte a ti misma como la gran protagonista de mi vida y vas, por fin, a dejar de tenerles tanto miedo a los animales.

Eres la Chica de los tirabuzones porque así titulé el último poema que te escribí el 24 de diciembre de 2020. Yo, que nunca me consideré poeta. A ti, que siempre te consideré poesía. Te sigo queriendo como el primer día en que, al coincidir en las pistas, te miré y deseé con todas mis fuerzas que tú también me miraras. Te quiero, Chica de los tirabuzones, con todo mi corazón.

Te aviso de que ya he llegado. Avísame tú también cuando regreses de nuevo a casa, porque aquí acaba mi viaje y empieza el tuyo. Mi descanso empieza ahora y me voy directo a la playa, donde guardo todo lo que vivimos, donde más veces deseamos que el tiempo no pasara.

Esto es todo lo que aprendí de ti.

Esto es todo lo que aprendí del mar.

0

«Desenamorarme de ti ha sido lo más difícil que he hecho nunca». Las últimas palabras de la Chica de los tirabuzones siguen resonando todavía en mi cabeza. Luego me dio un abrazo y se marchó. Yo cogí el dolor, lo cargué en mi espalda y, poco a poco, lo he ido convirtiendo en poesía. Me siento cómodo en el lodo de la tristeza, siento que me regocijo y descanso en paz sobre la pena, pero no puedo dormir y bebo más de la cuenta; aunque esto último no es ninguna novedad.

«Si me quisieras de verdad, me dejarías ir». Es como si alguien estuviera haciendo acupuntura fallida en mi corazón. La Chica de los tirabuzones tiene razón y no tiene razón. La tiene porque he de aceptar que lo divertido fue vivirlo, y que, si se ha acabado, simplemente se ha acabado. Y no la tiene porque sé que ambos somos conscientes de que tenemos más química que un laboratorio de instituto. Joder, no sé en qué lado de la balanza colocarme.

«Será mejor que no volvamos a vernos». Y yo le lloro un poco en el hombro y de la espalda le nace una flor. «Piénsalo de esta manera —me dice—, cada vez que escribas sobre mí es como si me vieras de nuevo». Y lo que hago es llamar a mi amigo Carlos y enseñarle el lodo en el que ahora vivo. «¡Esto es una pasada!», me dice. Y es porque en mi tristeza hay belleza en sus paredes, arte en sus palabras, vida en su derrota. «Y lo más importante —le digo—, ¡aquí hay mucha cerveza fría!».

«Hasta siempre, primer amor, nunca te olvidaré». Y con nuestra historia estoy construyendo un reino mágico al galope de los recuerdos más bonitos de mi vida. Poneos cómodos, echad un vistazo a vuestros sentimientos y dejad que os cuente cómo enamorarme de la Chica de los tirabuzones fue lo más fácil que hice nunca.

Coged una cerveza del frigorífico.

Estáis todos invitados.

1

No pude despedirme de mi madre. Cuando me sacan del colegio a los ocho años, es para llevarme a un edificio muy grande llamado tanatorio y decirme que ella se ha ido muy, muy lejos, y que si quiero volver a verla tendré que mirar al cielo. Recuerdo alzar la vista y encontrar una nube con forma de perro, pero a mi madre le gustaban más los gatos y eso me confundió todavía más.

Me viene a la memoria ahora, justo cuando se celebra el funeral del padre de Carlos y son pocos los que pueden despedirle debido al coronavirus. Sé que no tiene importancia la manera en que se diga adiós, o sí, no lo sé, creo que cada despedida debería ser importante y que a veces hay que soltarlo, gritar en voz alta, abrazar a un amigo. Pero ahora nada de eso es posible y, mientras se iba girando un fuerte viento de poniente, le he lanzado un beso al aire al coche fúnebre y he dejado caer un par de lágrimas que han quedado ocultas dentro de mi mascarilla.

No sé si el mundo es un lugar mejor, solo sé que, pese a todo, la vida es tan bella como para merecer ser vivida siempre. En el ambiente se respira la incertidumbre de una nueva semana que en nada comienza. Tampoco sé si esas personas que caminan con la cabeza gacha son conscientes de la pena o si nos hemos convertido en fantasmas de nuestro propio entorno.

He vuelto hace un rato a casa y me he abierto una cerveza en la terraza. A lo lejos, el mar me ha acompañado en mi tristeza. Allí arriba, una nube en forma de perro se ha ido transformando, poco a poco, en un gato.

2

No soy de donde vivo, soy de mucho más abajo. Me vine hace años a la capital del Turia para estudiar, trabajar y vivir una juventud que ahora me despide. Aquí me siento muy solo, la gente que vive en la gran ciudad nunca mira a los ojos de los demás. Todos tienen prisa y nunca dan las gracias. Mi único vínculo con estas calles se ha desvanecido y me he quedado con un corazón roto y un hígado caprichoso. Al final, acabaré pagando caro la cerveza barata de los ultramarinos de debajo de mi casa.

«Nunca te enamores de una chica de la capital, porque le resultará más fácil pasar página». No sé qué borracho me dijo eso una vez. Lo pienso mientras dejo caer un par de lágrimas sobre el volante, ahora que me dirijo de nuevo a mi pueblo. Cuando estoy triste, recuerdo la frase favorita de mi madre: «Toda la vida te querré», así empiezo a verlo todo de otra manera. La recuerdo a ella y a la Chica de los tirabuzones porque las he perdido. Sé que no es lo mismo, pero a las dos les diría que las quiero.

He bajado las ventanillas del coche. La música resonará hasta en los latidos de mi chica de ciudad. Yo he hecho el amor a los cuatro vientos. Yo he saltado sin miedo por el precipicio de la valentía. Yo he construido puentes en cada abrazo que he dado. ¿Qué digo yo? ¡Nosotros! Nosotros hicimos todo eso, pero ahora solo soy yo quien está pagando las consecuencias de la alegría del amor pasado.

No soy de donde vivo ni tampoco de más abajo. Yo soy de más adentro. Yo soy de mi corazón.

3

Nací el día de la muerte de mi abuelo en el diciembre del año capicúa del siglo pasado. Acto seguido, improvisaron mi nombre en honor al padre de mi madre, y en cada cumpleaños reímos y lloramos a partes iguales. Ya desde mi primer momento de vida, en mi familia descubrieron que había belleza en la tristeza y pensaron que de mayor sería un niño especial; pero llevo renegando de ese calificativo desde que supe que la gente así sufre más de la cuenta.

Al pasar por el lago del parque de Cabecera, vi una especie de cisnes a los que llamé «gatos», y esa fue mi primera palabra. Mis padres sonrieron y dieron por hecho que a mí siempre me gustarían los mininos; pero la verdad es que yo quería decir «patos» y no se dieron cuenta de la torpeza de mi confusión.

En el recreo del colegio, me dieron un zumito para merendar, sin embargo, no había manera de sorberlo: «Necesito una pajita, pero no sé cómo». Y mi amigo Carlos se bajó los pantalones y se la cascó delante de mí. El muy inútil había confundido mis palabras y yo me puse pálido. Tenía siete años y acababa de descubrir el sexo. Renegué de esos actos durante mucho tiempo y, aunque sigo siendo amigo de Carlos, nunca más he vuelto a tomarme un zumito.

Fui a la playa cierta tarde y allí me dejé olvidada la cartera. Al regresar, una chica estaba tomando el sol donde yo antes tenía mis cosas. Me ayudó a buscarla y tardamos cinco minutos en encontrarla y uno en enamorarnos. Pasé los tres mejores años de mi vida con mi primer amor. Luego me he dejado más cosas olvidadas en la arena, pero las he acabado perdiendo.

Hacía mucho que no escribía, pero el desamor llevó al insomnio y este a las largas noches de lápiz y libreta. Ahora me apetece hablaros de mi madre, de los gatos, de Carlos y de la chica de la cartera, que es a su vez la Chica de los tirabuzones. Si la vida es una sucesión de casualidades, mi mayor suerte fue conocerla y, ahora que la he perdido, necesito olvidarla convirtiéndola en libro. No sé si es motivo de celebración:

¡Qué feliz y qué triste me pone haber vuelto a escribir de nuevo!

4

«Y supe en seguida que no era magnífico.

Desde lo alto de la autopista

(con un asfalto resbaladizo lleno de hielo)

podía ver millas y millas».

BON IVER

No es mi verdadero nombre, pero Carlos está empeñado en llamarme así una y otra vez. Me ha cogido por banda y me ha dicho que necesito un alter ego para verter toda mi bilis en un papel en blanco. «Hazme caso, tío, no te pasaste toda tu adolescencia leyendo a Bukowski para no querer darle vida ahora a tu propio Hank Chinaski». Yo me he encogido de hombros y he suspirado:

—Así que desde este momento me llamo Martín, ¿no es así? —le he preguntado.

—Martín Herrainz, para ser más exactos. Un placer, yo soy Carlos. —Y los dos nos hemos puesto a reír mientras subíamos al tranvía camino a la Malvarrosa.

Tengo debilidad por los paseos marítimos. Me parece la perfecta línea divisoria entre un mundo que no quiere escapar de la rutina y otro que se cobija bajo el manto de un mar en calma que transmite la verdadera paz que necesito. Al llegar a la arena, he puesto *Holocene* de Bon Iver en el móvil, he sacado la libreta y me he sentado en la orilla a escribir versos míseros dedicados a los tirabuzones de las olas. Carlos, mientras, se ha dedicado a coquetear con dos chicas y, al acercarse con ellas, me ha presentado como Martín.

—Vaya, qué nombre más bonito —ha dicho una de ellas.

—No es real, pero escribo y necesito un sobrenombre, supongo.

—¿Escritor? Entonces seguro que estás enamorado.

Pero cualquiera que conociera a la Chica de los tirabuzones podría ser escritor o escritora. Ella es la línea divisoria de la que es imposible no enamorarse. Yo no he contestado a la pregunta y, al volver de nuevo hacia mi casa, he vuelto a escuchar *Holocene*, he cerrado los ojos y he recorrido con mis recuerdos el paseo marítimo del amor que guardo.

Es cierto que Martín no es mi verdadero nombre, pero no conozco sentimiento más real que el de mi línea divisoria.

5

«Como un simple beso tuyo en mi nariz.

Como el sol revoloteando en mi jardín.

Como aquella mariposa, con sus néctares, hermosa,

que se posa sobre el beso en mi nariz».

ADRIÁN BERRA

Si vienes y me preguntas te contestaré que no, que no sé lo que es el amor. Pensaba que tenía todo claro y sabía perfectamente cómo iba a hacer las cosas, que sentiría algo y lo vería venir, que actuaría de una forma determinada. Pero llegaste tú de la más absoluta casualidad y aún hoy me pregunto por qué fuiste diferente y desde que empezamos a quedar me preguntaba si era posible que me gustaras de la manera tan caótica y fabulosa en que me estabas gustando.

Comenzamos a salir y no solo te conocí a ti, también descubrí partes de mí que no sabía que existían; sin embargo, me ayudaste a averiguarlas y dominarlas para crecer como persona. En nuestras primeras quedadas exhibimos el encanto de convertir cada día en un sinfín de magia especial. Y, aunque suene raro, me complacía que nos preguntaran sobre nuestros planes y tener un gran abanico de respuestas: «Cuando nos juntamos, no existen dos citas iguales».

Martín, has roto todos mis esquemas. Has hecho que me plantee muchas cosas y mentiría si te dijera que eso no me dio miedo al principio (hasta me echó un poco para atrás); pero ahora veo que eso es lo que hay que pedirle a la vida, porque en algún momento hemos de cuestionárnoslo todo. No hace mucho me dijeron que nos pueden gustar o atraer involuntariamente muchas personas, pero somos nosotros los que elegimos a quién querer y a quién estamos dispuestos a conocer e intentar llegar hasta el final. Por eso, esta carta es para decirte que yo quiero elegirte a ti, en esta vida y en todas las que hiciera falta. Y, si me permites el juego de palabras, crecí con la idea de ser mayor y tener un Mar-ido a mi lado; ahora

simplemente quiero crecer y seguir teniendo un Mar-tín.

Lo único que me falta por decirte es que hay una canción que nos define, bien lo sabes tú, así que, como un cantautor argentino escribió una vez, quiero que sepas que no caminas solo, que yo quiero caminar contigo. Porque en esta vida todo es más bonito y se hace más fácil si se hace entre dos. Porque no hay mayor felicidad ni mejor sensación que un simple beso tuyo en mi nariz.

Tuya siempre,

la Chica de los tirabuzones

Leo la primera carta que me escribió una y otra vez, contemplo las imágenes que produce mi mente y vuelvo a guardarla en su sobre correspondiente. He borrado todas nuestras fotos, pero cada una de las palabras que me dedicó en un papel en blanco, las guardo bajo llave en un cajón secreto. No puedo romperlas, ni quemarlas, porque sé que no arderían en el fuego.

El amor que nos hemos tenido tiene demasiado valor para arder tan fácilmente.

6

A ti también te ha pasado, estoy seguro de ello. Te has enamorado a pecho descubierto derrocando los cimientos sociópatas de tu corazón. Has entregado hasta las tripas como si vivieras en un permanente control de seguridad de aeropuerto. Has querido tanto que nunca imaginaste que un día te harías la pregunta que tanto miedo nos da responder: ¿Qué hay después del amor? Sé que no soy especial, que tú también has sufrido como un pingüino en el deshielo. Y ahora que todo está convirtiéndose en agua, te inquieta saber si podrás flotar en la nada.

Me gusta la gente que está loca, que baila sin música y que ríe muy fuerte. Gente con la que es imposible aburrirse. Y cuando esa gente se marcha, sabes que el vacío que dejan es cubierto por la nostalgia. Lo sé, tú también lo has vivido. Por eso, cuando voy caminando por la calle, sé distinguir quiénes, como yo, también se han convertido en pingüino. Son quienes te sonríen pese a que por dentro las lágrimas están destrozando sus glaciares. Ellos son ahora mi casa. No sé qué hay después del amor, pero estoy nadando para averiguarlo, porque a los pingüinos nos han robado las alas. A ti también te ha pasado, tú también lo podrías haber escrito, sientes que es desconcertante este calentamiento global que te ha convertido en pingüino.

Ojalá no fueras como yo. Ojalá nunca hubieras visto la profundidad a causa del deshielo. No tengo nada más que decirte, porque a ti este calor también te está matando de frío.

Estoy preocupado por el cambio climático. Mi corazón no deja de hacer charcos.

Hoy soy un pingüino llorando de pena en el océano Antártico.

7

«Fracasé una vez, fracasé diez mil.

Y aun así alzo mi copa hacia el cielo».

NACHO VEGAS

Antes odiaba a las gaviotas, ahora me hacen compañía. Las veo posarse en la arena y se miran las unas a las otras. No sé si queda bien que me abra otra cerveza, pero así siento que la pena se evapora con el aire de la noche. El amor es una planta y se me ha marchitado el tallo, las hojas ya no florecen con la vitalidad de antes. A mí se me ha formado un nudo en el estómago y llevo dentro una bailarina que lucha por deshacerlo.

Suena *Wonderful Tonight* de Eric Clapton y recuerdo cuando borrachos bailábamos en la cocina y preparábamos macarrones a las tantas. La felicidad era eso. Nuestra planta crecía como los juncos de la Albufera y nos considerábamos grandes jardineros del amor. Ahora tengo a las gaviotas, no es lo mismo, pero en ellas encuentro la paz. Las veo y pienso que nosotros también volábamos como ellas, que no nos importaba girar en círculos y que, incluso en contradirección, hacíamos lo imposible por avanzar. Y lo conseguíamos.

Ahora entiendo que odiaba a las gaviotas porque me recordaban mucho a la Chica de los tirabuzones. No sé si es bueno o malo, pero me voy acostumbrando a verlas y no tenerlas. Es la sensación más desconcertante a la que me enfrentaré nunca: tan cerca y tan lejos a la vez. Escribiría un rato alguna tontería, porque, pese a ser malo escribiendo, soy bueno sufriendo. Tengo medalla de oro en echar de menos. Ella me aupó a lo más alto del pódium y se arrimó a mi cuello. Las gaviotas felices graznan, los humanos nostálgicos abrimos otra cerveza.

8

Hoy he tenido un orgasmo, uno de esos muy intensos. No sabría muy bien cómo explicarlo. Me he puesto a recordar una tarde tonta en que el sol de mayo nos hastiaba la soledad y decidimos juntarnos en mi casa, los dos solos, tras una larga jornada laboral y en busca de los besos que últimamente no nos habíamos dado.

Han sido tan penetrantes las imágenes en mi cabeza que he tenido un orgasmo sentimental. Por mis ojos se ha disparado el vértigo de unos días que ya no existen ni existirán jamás, pero que fueron tan hermosos que incluso el suicida más experimentado tendría miedo a las alturas. La memoria me juega estas malas pasadas, a veces.

Dicen que cuando sueñas algo que duele es porque estás empezando a superarlo. Yo quiero seguir teniendo estos orgasmos de eyaculación lacrimal y sentirme vivo y contento por las experiencias que voy sumando. No quiero superar el amor porque no conozco sensación más grande. Solo quiero sentarme en silencio, cerrar los ojos y sonreír.

¿Por qué lo que duele siempre es lo más bonito?

9

«Y que San Juan no nos queme en su hoguera

cuando descubra quién la saltó».

VETUSTA MORLA

Nuestra primera risa fue un 23 de junio. La recuerdo perfectamente. Era la primera vez que quedaba con la Chica de los tirabuzones y, tomando una cerveza en la Alameda, los dos pasamos un rato tan agradable que, al acabar la cita, teníamos agujetas en las mejillas. Sería muy pretencioso decir que se trató de amor a primera risa, pero ambos supimos que algo estaba empezando a fraguarse.

Los detalles más simples son los que nos hacen más felices. Habrá parejas que recuerden su primer beso, la primera vez que se acostaron, la fecha en que empezaron a salir. Sin embargo, nunca hubiera existido todo eso sin lo más importante: esa primera risa. No sé la cantidad de tonterías que dije, cuántos sinsentidos inventé solo para que se le quedara grabado en la memoria aquel 23 de junio. Dicen que esa noche suele ser la más mágica del año, la gente salta las olas del mar cuando las campanas dan las doce y piden un deseo al hacerlo. Lo que no dicen es que puedes ahorrarte toda esa superstición con una simple risa delante de la persona adecuada.

Si me hacen reír, me hacen vivir. La risa me hace ser un niño con zapatos que brillan en la oscuridad. No conozco amores sin risa ni risas sin sueños. Y en aquel instante mi sueño era contarle las piezas dentales en cada carcajada, porque, lejos de la belleza visual que transmitía, la Chica de los tirabuzones era guapa por la naturaleza de su risa, por cómo sorbía la cerveza a largos tragos y por cómo quiso estirar la quedada hasta las tantas, sintiéndose libre y feliz de hacerlo. No tardamos muchos más días en besarnos ni tampoco otros tantos en hacer el amor, pero la fecha de su primera risa es lo que más recuerdo. Se podría decir que yo también me encontré con un mar y salté las siete olas en la noche mágica de San Juan.

También es irónico que esté llorando recordando su primera risa.

Pero de esa historia ya hablaremos otro día.

10

A mi amigo Carlos también le ha dejado la novia. Nos sentamos en un banco y le inunda la tristeza por las fosas nasales. Dice que quiere desahogarse conmigo porque yo sé lo que se siente, el muy cabrón, y lo peor de todo es que no podría estar más en lo cierto. Él habla y habla sobre su ex y a mí me vienen recuerdos que me hacen cosquillas en la garganta. No me imaginaba que pasaría el domingo sintiéndome el espejo de un amigo porque a los dos nos han pinchado las ruedas de la vida.

Hoy me he despertado con una buena resaca y en la ducha he llorado cerveza.

—Lo siento, Carlos —le digo—, hoy no estoy ni para aguantarme a mí mismo.

—Da igual, son todas iguales.

Pero a lo mejor el problema es que somos nosotros los que somos todos iguales. Sea como fuere, hoy no quería que me hablaran de exnovias porque en mi cabeza siento la culpa de quien bebe y aun así no olvida.

Hace poco he visto a una señora dar de comer a los gatos callejeros cerca de un edificio abandonado con forma de esqueleto y de repente el mundo me ha parecido un lugar mejor. Me he acercado a ella y le he dicho si la podía ayudar.

—No lo sé, chico, hay covid y no será bueno que nos aproximemos tanto.

—Entonces, al menos, déjeme que me siente y me quede mirándola.

—Será un placer —vuelve a decirme—, eso es exactamente lo que hacía mi difunto marido, ¡qué recuerdos más bonitos!

Y ahora vengo de estar sentado en un banco valorando los pequeños momentos que hacen de la vida un lugar maravilloso. A mí me ha dejado la Chica de los tirabuzones, a Carlos le han partido el

corazón, los gatos ya no tienen hambre y, aunque me entren ganas de mandarlo todo a la mierda, hoy una señora ha vuelto a recordar lo feliz que le hacía su marido.

11

Debo aprender a vivir sin ella. Como se aprende a vivir sin padres. Como se aprende a madurar a la fuerza. Crecer es aprender a despedirse y nosotros ya llevábamos demasiadas despedidas. Nos dijimos adiós tantas veces que duele pensar que ahora es para siempre. Yo, que nunca creí en los para siempre hasta que la conocí. Yo, que nunca creí en el amor hasta que lo viví.

Me ha dicho que debemos asimilar que ya no estamos juntos. Como si fuera tan fácil acostumbrarse a no verla. Como si no nos estuvieran obligando a hacer algo que realmente no queremos. Siento que estoy en una jaula y que grito y muevo los barrotes y nadie hace nada por escucharme. El desamor es un salto al vacío en el que al final no sabes si prefieres quedarte flotando en el limbo o estamparte por fin contra tus recuerdos.

No dudo de que la vida pueda seguir siendo igual de bonita sin ella, sobre todo, porque ahora soy mejor persona y cada momento ha valido la pena. Debo aprender a vivir así, lo sé, me lo repito una y otra vez mientras riego con lágrimas las fotografías de aquellas tardes radiantes en la playa. Los días siguen pasando y su voz me sigue despertando a medianoche. Un relámpago me ablanda el corazón allí donde la soledad no se acostumbra a olvidar al amor de la vida.

Pero he de aprender a caminar de nuevo como el recién nacido que ya no quiere gatear más. No hay mucho tiempo que perder, y menos ahora, que tengo una jaula que romper y un paracaídas que comprarme.

12

Cuando era pequeño jugaba con una pelota que, al caer al suelo, hacía sonar su goma en una especie de *boing boing* tan divertido que me pasaba horas y horas botándola. Años después la perdí y estuve todo un verano jugando con otra que no emitía ningún tipo de ruido y no me producía tanta satisfacción. Cuento esto porque gracias a esas pelotas comprendí, hace años, la diferencia entre follar y hacer el amor, y creo que la gente que conoce sus distinciones ha corrido una suerte formidable.

Cuando la madre de Carlos murió fuimos a emborracharnos. Al día siguiente lo pasamos muy mal en el entierro y, al volver a casa, le dije a la Chica de los tirabuzones que la quería más que a nadie:

—No quiero que te pase nunca nada, ¿me oyes? No me separaré de ti en la vida.

Vestía con camisa de luto y ella me la quitó. Mi cuerpo estaba pálido como un tallo marchito y ella me dijo que me seguía viendo el hombre más atractivo del mundo. Hicimos el amor y no nos acostamos. Yo solo quería que me curara las heridas de la muerte cercana y besó mi cuerpo como si fuera el mejor de los antídotos.

Cuanta más paz hay después de follar, más grande ha sido el polvo. Pero no siempre follar implica tal empoderamiento sexual, sino que en aquel instante hacíamos el amor como la gente enamorada: con el corazón en la garganta. Me fui quedando dormido entre su pecho y al sentir el sonido de sus latidos volví a escuchar la pelota de goma que hacía *boing boing* cuando tenía cinco años. Puse mi mano en mi corazón y noté la misma melodía al encontrarme el pulso. Me reí y le contagié la risa, aunque ella no entendía nada.

Ahora que he vuelto a perder mi pelota de juguete, voy arrimando mi oreja al pecho de la gente. Ya no estoy triste como cuando era un niño, sé que el *boing boing* volverá. Solo que lo echo tanto de menos...

13

Dice Carlos que no puede dormir, que ahora empieza a entender mi insomnio y que se asfixia y entonces abre los ojos. Se ha despertado a las cinco de la mañana y, paseando por el barrio, ha conocido a la mujer que da de comer a los gatos callejeros. Hay unas obras a medio acabar en un edificio del barrio y allí se han concentrado unos cuantos. Los conozco muy bien, yo también he sido Carlos durante mucho tiempo y bajaba a observarlos continuamente, pero ahora el insomnio lo combato escribiendo.

Ayer quedé con la Chica de los tirabuzones. Nos tomamos unas cervezas en la playa y mantuvimos una larga conversación. No nos habíamos visto desde que los cristales del amor se rompieron y nos los clavamos en el estómago. Ella ya se ha deshecho de todos, sin embargo, a mí me siguen doliendo por dentro. «Joder —pensé—, hay que ver lo bien que le han cicatrizado las heridas».

A ella todo le va bien, sigue quitándose el pelo de la frente con gracia y contando letras al quitarle la anilla a la lata de cerveza. Se quejó de una o dos canas nuevas que le habían salido pero a mí me parece que así le brilla mucho más la melena. Le gustaría estudiar psicología y yo le animé a ello y luego seguíamos charlando y de vez en cuando se me escapaba algún «te quiero», pero ella lo pasaba por alto y me decía que tenemos que aprender a vivir sin vernos.

—Antes preferiría arrancarme los ojos —le dije—. Porque cuando me preguntan por el amor, les digo que es la música que suena cuando alguien me pronuncia tu nombre.

He bajado con Carlos a sentarnos en un banco y ver comer a los gatos. Todavía no ha salido el sol, pero hoy me apetecía compartir el insomnio con él y con la mujer que les lleva comida. Esa señora nos da paz, y a veces creo que solo nosotros podemos verla, pero eso ya deben ser chorradas mías.

Me he abierto una cerveza y, contando el abecedario con la anilla, se ha roto en la letra uve.

—¿Ahora qué se supone que tengo que hacer con esto? —le he preguntado a Carlos.

—No lo sé, colega, supongo que si es la uve te tocará vivir.

Y nos hemos empezado a reír mientras la gente salía ya de sus portales y la mujer que da de comer a los gatos se perdía entre la inmensidad de la vida.

14

La Chica de los tirabuzones tiene un lunar sexi justo encima de la entrepierna. Me puedo quedar mirándolo durante horas. Acabamos de hacer el amor y ella quiere que suba para abrazarnos. «Déjame un poquito más —le digo—, lo puedo mirar mil veces y siempre adquiere la forma que le da la gana. Es impresionante —continúo—, da igual su aspecto porque me sigue teniendo fascinado». Luego nos entrelazamos con los brazos y nos vamos quedando dormidos, pero yo no dejo de darle vueltas a ese lunar que tiene vida propia.

En Madrid vamos directos al Museo del Prado. Fíjate, ahí está, llevaba años queriendo verlo en persona. Me quedo embelesado admirando *El jardín de las delicias*. A cada rato que miro el tríptico de el Bosco lo veo diferente, más inigualable, más único en el mundo. Al llegar a Valencia le digo que mi tríptico favorito es follar de buena mañana, hacer el amor por la noche y querernos todo el día. ¿Sabes?, le digo, creo que tú eres El jardín de las delicias. Ella piensa que soy muy básico y que solo digo tonterías, pero, al verla otra vez desnuda, voy directo a su entrepierna y vuelvo a estar en el Museo del Prado contemplando su lunar. ¿Qué?, me acaba diciendo, ¿se parece tanto a ese Jardín de El Bosco?

Me encanta todo lo que se transforma y aun así mantiene intacto mi sentimiento. Aquello que da igual con qué ojos lo mires porque realmente hay que mirar con el corazón. Por eso cuando lo nuestro acabó, me emborraché y me fui a un estudio de tatuajes a que me tatuaran un lunar, pero no uno cualquiera, sino el lunar que hubiera dibujado el Bosco. Mis amigos me dijeron que estaba loco y el tatuador no sabía muy bien a qué me refería.

—Oye, tío —me dijo un amigo—, será mejor que te vayas al Museo del Prado y le eches un vistazo a *El jardín de las delicias*. —Y todos empezaron a reír.

Los miré desafiante, sorbí una lágrima a modo de chupito y les dije:

—Me he pasado tres años viviendo en ese cuadro.

Y todos empezaron a pensar.

15

«¿Serás, amor, un largo adiós que nunca acaba?» Leo los versos de Salinas mientras desde la estación de Bailén se anuncia que se cancela el próximo metro porque alguien se ha lanzado a las vías. Mientras, te escribo un mensaje que no envío en el que te deseo suerte en los exámenes, y sé que tú harías lo mismo si supieras que voy camino a una entrevista de trabajo a la que voy a llegar tarde.

Las calles de Valencia aún nos recuerdan como los amantes de Estellés y fíjate si fuimos semilla que ha nacido vida donde las flores antes se negaban a crecer. En Recursos Humanos respondo que tú cuando me preguntan por mis fortalezas y debilidades, pero no hay cabida para los nostálgicos en un mundo donde importa más que se rompa un vagón de tren que el corazón de un suicida.

Al salir de la oficina, recorro por el Carmen los grafitis de David de Limón que tanta gracia te hacen y el atardecer tiene los colores del hermoso dolor de cruzarme contigo y no saber si darte la espalda o entregarte mi alma con cada canción que suena en mi teléfono. Te busco entre la ausencia de no poder respirar siquiera y, de nuevo en el andén, a falta de aire, inicio la expatriación de tu aroma con los restos de naftalina que llevan tu nombre escrito. Por si te pasa lo mismo, te daría un beso en la nariz, que siempre es sinónimo de «te quiero» y te recitaría al oído los poemas que no sabes que te he escrito.

Ya de vuelta a casa, pregunto por el suicida y nadie sabe nada, pero sé que a ti te importan estas cosas y echo de menos poder hablarlas contigo. Han germinado raíces a tu paso, así que dejo a un lado el libro de Salinas y me pongo a pensar en nosotros. Ha sido un día largo, pero antes de entrar en el portal, un niño señala con el dedo una baldosa del suelo.

Sonrío mientras veo crecer una flor donde antes solo había barro.

16

Una relación de pareja consiste en enamorarse de los defectos de la otra persona. La veo jugar al tenis, tropezarse consigo misma y caer al suelo a ritmo de carcajadas. Le pasa muy a menudo: caminar por las aceras y chocar un pie con el otro, golpearse contra la mesilla de noche o caerse de la cama (aunque eso sea porque yo la ocupo toda). Y me entra la risa floja. Me enamoro de su torpeza y me acostumbro a recogerla del suelo en mi afán por desafiar a la vergüenza ajena.

Carlos se ríe de mí porque dice que soy igual que ella: hay un escalón y no lo veo, voy hablando por la calle y me choco contra una señal, soy capaz de resbalarme en tierra seca. Y yo, ahora, me río de los gatos cuando los veo colisionar unos contra otros mientras corren por el edificio. A la señora que les da de comer le pregunto si los cuadrúpedos de los que me estoy burlando tienen sentido del ridículo y me contesta que espera que no, porque ni los humanos deberíamos tenerlo. Yo juego a observarlos desde la valla que separa la obra en construcción de donde nos colocamos para verlos y emito sonidos extraños con la boca para llamar su atención.

—Corre rodeando la cerca, muchacho, ya verás como te persiguen y se divierten contigo —me dice la mujer en tono jocoso.

Vuelvo entonces a esos días de festividad y deporte donde cogíamos las raquetas y nos íbamos a las pistas. La Chica de los tirabuzones me mira y me sonríe. «Venga, saca de una vez, Martín, hoy voy a ganarte». Y luego le lanzo lejos la pelota y ella misma trastabilla o se golpea contra sí misma. Se ríe, se cae al suelo y me hace señales con la mano para que me acerque a levantarla. Ese es su truco para cogerme del brazo y tirarme al suelo también, y así, entre la risa y la torpeza, nos quedamos viendo el sol mientras decido que voy a besarla en la nariz para que así sepa que la quiero a pesar de su nula coordinación.

—¡Venga, muchacho, sigue corriendo, mira lo bien que se lo pasan los gatos contigo! —la mujer me devuelve a la vida real y yo creo tener cinco años viendo chocar a los cuadrúpedos.

—¡Ya corro, señora, ya corro!

Y al final me sabe tan mal burlarme de los gatos que les prometo que, el día menos pensado, me atreveré a abrir la valla y darles un beso en la nariz a cada uno.

17

¿Y si en verdad esto es solo una pesadilla? Me he pellizcado tan fuerte que ahora tengo un corazón herido y un brazo lleno de moretones, pero a lo mejor es un sueño muy, muy profundo y no hay dolor que consiga deshacerlo. Saltaría al vacío porque creo que sería la mejor manera de despertarme, solo que me preocupa desaparecer como si nada.

Hoy he quedado con Carlos y le he contado mi teoría. Entonces me ha llevado a la Patacona y hemos jugado a buscar alguna base fehaciente que manifieste que la Chica de los tirabuzones no se ha ido para siempre y realmente estoy viviendo en una pesadilla. «Lo primero que hay que hacer es correr —me ha dicho—, porque cuando lo haces en un sueño, nunca avanzas». Así que lo hemos puesto en práctica y, pese a que estamos en mala forma, hemos ido a más velocidad de lo esperado. «Vale, entonces probaremos con gritar —ha continuado—, porque, de estar ahora dormidos, no nos saldría la voz». Pero hemos acabado por hacerlo tan fuerte que hemos asustado a las gaviotas. «Bien, no nos rindamos todavía, muchas veces soñamos que podemos volar, por lo que ahora cogerás carrerilla y a la de tres saltarás mientras agitas los brazos por si, de repente, te conviertes en pájaro y sales disparado hacia el cielo». Y eso es lo que he hecho, he acelerado tan rápido como he podido y cuando Carlos ha dicho «ya», me he abalanzado contra el aire moviendo tan fuerte las alas que me he convertido en ave y he podido planear:

—¡Carlos! ¡Estoy volando! ¡Ella no se ha ido, es tan solo una pesadilla!

—¡Sigue! ¡Sigue agitando las alas! ¡Lo has conseguido!

—¡Esto es una maravilla! Mira, Carlos, desde aquí arriba veo la costa de Alicante, a ella le encantan las calas y bañarse en el mar. ¡Ahora observa aquello! Hay montañas nevadas a lo lejos y ella siempre se ha considerado una gran esquiadora. ¡Carlos, mira, no dejes de mirar, la estoy viendo en todas partes!

—¡Dime, Martín! ¡Cuéntame qué más cosas ves desde ahí arriba!

—¡La estoy viendo de nuevo! ¡Qué bonita se le ve! Está escuchando música de los ochenta con su padre, allí cerca de las olas. ¡Y mírala ahora! Se ha convertido en una niña de cinco años y juega a dar de comer a los peces en un estanque. ¡Es ella, sin duda! ¡Es la Chica de los tirabuzones!

He descubierto que volar no se me da nada mal, aunque, por desgracia, no estoy viviendo solo un mal sueño. La Chica de los tirabuzones ha seguido sin aparecer y entonces he comprendido que, si hoy me he convertido en pájaro, ha sido porque ella me enseñó a volar. La vida sigue siendo la pesadilla constante en la que se ha convertido últimamente, pero hoy no he podido evitar sonreír cuando he sido consciente de las habilidades tan poderosas de las que me dotó el amor que durante tanto tiempo nos tuvimos.

Me gustaría llamarla y preguntarle si ella también puede volar. Seguro que así, al menos, volveríamos a vernos en los cielos.

18

Soy idiota. Hoy quería cenar solo en mi pizzería favorita y al llegar a la Alameda he recordado que en Valencia nos han cerrado los bares debido a la pandemia. Entonces he ido a caminar por el río y una chica que iba corriendo ha tropezado conmigo y se ha caído al suelo. Le he pedido disculpas mil veces y la he acompañado hasta su casa porque, al parecer, se había torcido el pie. «No es nada, tranquilo —me ha dicho—, haré reposo y me curaré; por cierto, veo que somos los únicos en toda Valencia que no estamos celebrando San Valentín». Y lo cierto es que las calles estaban vacías y daba la sensación de que éramos los únicos habitantes en el mundo.

Al llegar a su portal, hemos intercambiado los teléfonos y ha prometido que me llamaría, que era mucha la casualidad de encontrarnos en una ciudad que parecía desierta. Yo he seguido con mis ganas de *pizza* y he pedido una para llevar cerca de la Alameda. La he acompañado con dos latas de cerveza y me he sentado en un banco cerca de donde vive Carlos, al que he llamado por teléfono: «Oye, baja, te he pillado birra y *pizza*, me vas a ver enseguida». Y nos hemos puesto a hablar sobre la fecha de hoy y lo diferente que estaba siendo esta celebración respecto a la del año anterior. Luego ha pasado un indigente preguntando por un cigarro y Carlos le ha dado un trozo de *pizza* y su paquete de tabaco entero. «¿Qué haces? —le he dicho—, si le das tanto tabaco se va a morir». «Se va a morir igual —me ha dicho— pero al menos ahora morirá feliz». Y el indigente se ha marchado tan contento que nos ha hecho esbozar una sonrisa.

Lo cierto es que el día de hoy es una mierda, pero cuando estaba en pareja mantenía la tradición de pedir *pizza* cada 14 de febrero. No sé qué habrá cenado la Chica de los tirabuzones, solo sé que la Alameda es un poco más oscura sin su mirada y que toda la luz que siempre he necesitado se concentraba en sus ojos. Al menos hoy, he vuelto a intuir un rayito de sol: Carlos, no te lo vas a creer, ¡pero esta tarde he ligado!

Pero hoy no era día de brindar por el amor. Y, mientras veíamos al indigente bailar por Blasco Ibáñez, hemos brindado por la vida.

19

No me odies por escribir sobre la pena, por lanzarme a una piscina llena de sentimientos y atragantarme con el olvido, porque es imposible que yo olvide. Mírame a los ojos, tan serio y confundido, tan animal y tan humano, que de tanto amor que he repartido, ahora necesito transfusiones directas a la aorta y me da igual si lo inyectado es sangre, cerveza o la nostalgia de un amor que se ha fugado.

Hoy se ha puesto a llover y los gatos se han resguardado debajo de las obras. He ido a visitarlos y un vendedor ambulante se me ha acercado para venderme un paraguas, pero le he dicho que yo nunca los uso. «¿Cómo es eso?», ha preguntado. «Verás, es que siempre acabo perdiéndolos». «Venga, cómprame un paraguas, a lo mejor este es el definitivo y no lo pierdes más». Pero no le he hecho mucho caso y he seguido como si nada.

Más tarde, he visto a la mujer que da de comer a los gatos callejeros y me ha preguntado lo mismo. «Llueve bastante, chico, vas a coger una pulmonía». «Verá, es que yo nunca uso paraguas porque los acabo perdiendo». Y luego he quedado con Carlos porque ha visto a su ex con otro y le ha entrado tal bajón que tenía que desahogarse. «¿Tú crees que es normal que ya tenga pareja? —me ha preguntado —, ¡en la puta vida vuelvo a enamorarme, te lo aseguro!». Entonces se ha puesto a llorar y le he dado un abrazo. «Joder —me ha dicho — ¿tú no usas paraguas? ¡Estás supermojado!». «Verás, es que siempre los acabo perdiendo». «¡Tú eres tonto, Martín!», me ha dicho. «No, Carlos, los tontos somos los dos».

No sabía sobre qué escribir y me he ido a buscar al vendedor de antes por el barrio. «¡Eh, amigo! ¿Tú otra vez por aquí? Veo que sigues igual de mojado». «Verás —le he dicho—, que me lo he pensado mejor y sí que quiero un paraguas». «¿En serio, hermano? ¿Ya no tienes miedo de perderlo?». «Sí, claro que tengo miedo de perderlo, pero mientras esté conmigo le voy a hacer el paraguas más feliz del mundo». Lo he comprado y, al abrirlo, me he sentido como un gato resguardado.

En fin, creo que estoy empezando a ponerme enfermo, pero al menos hoy he conseguido el paraguas más bonito del mundo.

20

Copito es mi gato favorito. Observo detenidamente cómo se aleja de los demás y deja descansar su anciano cuerpo entre las escaleras del primer y segundo piso, justo donde el único rayo de sol ilumina su hermoso pelaje blanco que tanto me recuerda a un fantasma de película. Los gatos a los que da de comer la mujer que siempre veo viven en el esqueleto de un edificio que hace años quedó paralizado. Los hay que son completamente negros, otros con manchas anaranjadas por el lomo y luego está él, una bola blanca con un severo sobrepeso que, en su afán por impresionarme, salta de piso en piso como si volviera a ser un joven minino.

—Esas piruetas solo las hace cuando te ve, muchacho. Parece que le gustas, y no poco.

La señora que les da de comer avanza por el invierno de la vida con su felicidad yuxtapuesta a la de los gatos. Al alba, rellena varios cuencos con pienso y les provee de agua a lo largo del día. Fue ella quien me dijo que Copito era el mayor de todos ellos y que ya había llegado al ocaso de su existencia. Yo le he cogido cariño desde el primer momento porque lo veo apartarse del resto y acercarse a la valla que nos separa para que le acaricie las orejas. Después intento tocarle las patitas, pero sale disparado hacia su rincón soleado y hace resonar su calmado ronroneo por todo el edificio.

—No se deja tocar los pies, muchacho, no le van ese tipo de juegos.

La señora no sabe muy bien por qué este bloque de hormigón que se levanta hasta la quinta planta está repleto de gatos. Dice que, al abandonarse su construcción por culpa de la crisis, aparecieron de la nada y se hicieron los dueños del lugar. Ahora es su refugio, como también es el de la mujer que les da de comer, el de Carlos y el mío, porque nunca un edificio tan vacío me había hecho sentir tan lleno y porque sé que Copito, en su valiente intento por agarrarse a la vida, cada vez que maúlla me está diciendo que mi hogar siempre estará donde me encuentre en paz conmigo mismo.

—Miau —le digo a Copito en su idioma para que sepa que le estoy

dando las gracias.

—Miau, miau —me contesta él diciéndome que espera verme al día siguiente.

Y luego un rayo de sol me ilumina la cara y, de repente, empiezo a encontrarme con más fuerza que nunca.

21

Todos sabemos lo que es el amor, sin embargo, ninguno de nosotros se atreve a definirlo. Yo creo que no existen palabras porque la acepción perfecta se encuentra en los ojos de quien mira. Ahora bien, en mi humilde intento, y aun sabiendo que no voy a ser capaz de describirlo como realmente quisiera, el amor es algo muy, muy parecido a lo que me gustaría recordar a continuación:

La Chica de los tirabuzones tiene la cara completamente circular y yo le lamo las mejillas como si fuera la piel de un melocotón. La desnudo despacio porque no tenemos prisa y ella hace lo mismo conmigo justo antes de meternos en la cama. Entre caricias que se aterciopelan en el cuerpo y besos extravagantes por donde le germinen las flores, voy poco a poco navegando por las aguas más venturosas de su cauce. En lo alto de su tripulación, le distingo una peca que se cree capitana de su barco y la inundo con mi espuma para que se deje llevar por la marea. Y luego hay un festín en mi camarote y es ella quien se convierte en marinera y busca en mí el sabor de una tarde de verano. Insistimos en el fuerte oleaje de la fricción inevitable de dos transatlánticos enamorados porque la corriente nos lleva a ello; y luego imaginamos a Moisés abriendo los océanos dando la bienvenida a un crucero que acaba yaciendo dentro de sus mares. No existe el mundo porque no hay nada más importante, y, al volver a tierra firme, yo le sigo descubriendo las cosquillas a sus peces de colores y los voy besando uno a uno antes de limpiar con una servilleta de papel todo nuestro universo submarino.

El amor es el conjunto de mi relato y un posterior abrazo que no dura tiempo porque ha quedado congelado. Un beso clama al cielo en el santo de la pasión correspondida y la Chica de los tirabuzones me pide una tregua finita que aprovecha para acercarse a mi oreja, morderla, y decirme al oído:

—A veces nos queremos demasiado.

Todos sabemos lo que es el amor, sin embargo, nadie sería capaz de definirlo de la misma manera. Yo creo que no existen palabras, que

es imposible que existan, así que prueba con buscar en los ojos de quien mira, porque en los míos sigue habiendo un mar que es infinito y dos barquitos que, al salir a navegar juntos, son capaces de convertirse en enormes transatlánticos.

22

«Abrázame fuerte.

Ven corriendo a mí.

Te quiero, te quiero, te quiero

y no hago otra cosa

que pensar en ti».

HOMBRES G

No es su grupo favorito, pero se trata del primer concierto al que fue con su padre; por eso le tiene ese cariño tan especial a Hombres G. «Papá los ponía a todas horas en casa cuando era pequeña», me dijo la Chica de los tirabuzones un día. «Era su manera de darme los buenos días los sábados por la mañana». Yo había comprado dos entradas para el Palau de les Arts y me había aprendido las canciones de memoria. Así que nada más recogerla, le dije que le tenía preparada una sorpresa y caminamos desde Viveros hasta la Ciudad de las Ciencias, parando antes en el puente de piedra, desde donde nos asomamos para ver el Turia y observar cómo una familia de patos pasaba de un lado al otro del río, con el pecho erguido y graznando por todo lo alto a nuestro paso.

—Yo quiero eso —dijo ella señalándolos.

—¿Convertirte en animal?

—Ser siempre tan feliz como esos patos.

—Los adverbios de tiempo dan mucho miedo, *coret*.

—¿Por qué? Tú y yo nos vamos a querer siempre, Martín, aunque lo dejemos. El amor puede transformarse, pero nunca nos abandonará.

—¿Sabes que hay muy pocos animales que son fieles a sus parejas de por vida?

—¿Están los patos entre ellos?

—No lo sé, *coret*. Pero ¿qué importará? Los humanos tampoco lo están y aquí estamos tú y yo desmontando las estadísticas.

En el concierto de Hombres G cantamos y bailamos a partes iguales. El escenario estaba delante, pero me pasé toda la actuación mirando a la Chica de los tirabuzones, que sonreía y se dejaba invadir por la melancolía recordando su infancia, su padre y los sábados por la mañana que ya le quedaban tan lejanos.

Le cuento toda esta historia a Carlos mientras damos de comer a los gatos del edificio convertido en esqueleto. Me pongo a pensar en esta amistad tan fiel que tenemos con nuestros amigos los animales y me pregunto si aquellos patos que vimos en el río todavía continuarán juntos.

—Al final, nosotros les fallamos a las estadísticas y se demostró que los humanos tampoco somos fieles de por vida.

—Martín, ella ya te lo dijo, vosotros siempre os querréis. Mantenéis intacto vuestro sentimiento, aunque se haya transformado. A lo mejor simplemente no sois humanos.

—Somos pingüinos.

—¿Cómo?

—Los pingüinos son de los pocos animales cuyas relaciones amorosas duran para siempre. Y todo debido a que tienen que luchar contra condiciones climáticas extremas.

Copito se acerca a mí y se tumba para que le rasque la barriga. Le consiento el cariño que merece y su ronroneo compite con los seis sonidos del campanario más cercano. Pronto saldrá el sol. Carlos mira la sonrisa que me produce hacer feliz a esta bola de pelo blanca y se ríe.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Nada, Martín, que a lo mejor las amistades entre gatos y pingüinos también son para siempre.

Y cuando el insomnio ha dejado paso al sueño, Valencia se ha teñido de una nueva jornada laboral y nosotros nos hemos ido a casa.

Tengo claro que nunca olvidaré los momentos más felices de mi vida.

Y así, como quien no quiere la cosa, mientras iba tarareando una de las canciones de Hombres G, los adverbios de tiempo se han convertido en mis adverbios favoritos.

23

«Entonces ven,

dame un abrazo».

IVÁN FERREIRO

Después de volver de la playa, la Chica de los tirabuzones y yo nos sentábamos en un banco de la Patacona y nos limpiábamos los pies de arena. Yo cogía los suyos, los apoyaba en mis rodillas y les pasaba las manos con delicadeza para devolverles su suavidad habitual. Luego se los besaba y a ella le daba vergüenza porque la gente nos miraba extrañamente.

En el entusiasmo de nuestras tardes de cama, de nuevo se los agarraba y los llenaba de besos y babas a partes iguales, y ella, que no entendía del todo ese hábito, me decía con una sonrisa vergonzosa:

—Martín, eres un poco fetichista. ¿Lo sabías?

Pero cuando te gusta alguien de verdad, no importa en qué parte de su cuerpo inundas la pasión.

—No es fetichismo, *coret* —le contestaba yo—, es amor.

Ahora que ya empieza a divisarse de cerca la bienvenida primavera, la orilla del mar se convierte en mi ruta de paseo favorita. Me siento sobre la arena mojada, me pongo los cascos y escucho a Iván Ferreiro mientras decenas de pares de pies se desplazan de un lado a otro desafiando el romper de las olas. Luego cojo la bici y marcho por los caminales llenos de naranjos cantando a todo pulmón una de mis canciones favoritas:

Si cada vez que vienes me convences

me abrazas y me hablas de los dos

y yo siento que no voy

que el equilibrio es imposible cuando vienes

y me hablas de nosotros dos, no te diré que no;

yo te sigo porque creo que, en el fondo, hay algo.

Echo de menos hacer el amor, desprender sudor que huele a azahar e intercambiarlo con el suyo. Las gotitas que emergen de mí se diluyen entre las suyas. Echo de menos el simple abrazo del cariño que no cesa, el afecto mayúsculo de dos cuerpos desnudos y jugar con la risa a descender hasta sus tobillos y besar la base física de su apariencia.

—No me gusta que me toques tanto los pies, me haces reír y pierdo la concentración, Martín.

—Son la base del equilibrio. Somos tú y yo haciéndolo posible.

—No sé si llego a entenderte.

—Da igual, *coret*, ya te enseñaré una de tantas canciones que habla de nosotros.

—Vale, pero ahora túmbate tú, quiero ser yo quien te haga el amor.

—Entonces ven, dame un abrazo.

Y yo te sigo, *coret*, porque creo que, en el fondo, hay algo.

24

Nunca imaginé que acabaría hablando de amor con una octogenaria que da de comer a los gatos callejeros. Son las cinco de la mañana y no podía dormir. Como siempre, mi nueva amiga está rellenando los cuencos vacíos de comida. Copito se despierta y empieza a bajar los escalones de dos en dos hasta acercarse a mí. Le acaricio el lomo, le rasco las orejas y pruebo a tocarle las patitas, pero me mira desafiante y se recuesta para que le busque las cosquillas.

—El amor es un gato, muchacho, alguien tan independiente que puede vivir sin ti, sin embargo, te elige cada día.

La mujer que les da de comer se quedó viuda hace quince años. Me cuenta, con una sonrisa en la boca, que fue ella quien le cerró los ojos a su marido para que yaciera en paz:

—A mitad noche me despertó diciéndome que no se encontraba bien. «Creo que me voy, cariño», me dijo. «Descansa, amor, yo te voy a seguir queriendo», le contesté yo. Luego, sacó fuerzas de donde no tenía, me puso la mano en la mejilla y afirmó con vehemencia: «Toda la vida he estado enamorado de ti, qué paz...», y sus dedos resbalaron por mi rostro hasta que cayeron encima de la almohada y no volvió a moverse más. En los siguientes días sentí tanta pena que dejé de comer y tuvieron que ingresarme. Por aquel entonces nosotros teníamos un gato bien mayor al que descuidé tanto que no tardó mucho más en fallecer. Me sentí tan culpable que, desde entonces, intento cuidar a esta manada que vive tan cerca de nosotros.

Copito se queda tan absorto como yo escuchando hablar a la viejecita. Ella le extiende una loncha de jamón de york mientras se enjuga las lágrimas con la chaqueta.

—¿Y qué hay de ti, muchacho? ¿Hay alguna gata en tu corazón?

La Chica de los tirabuzones vive en el barrio más próximo al mío, cerca de Viveros. Tiene una hermana pequeña de la que siempre habla maravillas, que la tiene enamorada. Muchas noches rehusaba

quedar conmigo para poder pasar el poco tiempo que tenía con ella. «Cuando sea mayor, quiero que recuerde su infancia de un modo especial», me solía decir a menudo. ¿Cómo le irá a su hermana ahora? ¿Será consciente de la suerte que es tener a la Chica de los tirabuzones durmiendo en la habitación de al lado? Qué envidia tan preciosa siento hacia una niña de nueve años.

—Hay una gata en mi corazón, sí; pero ahora pertenece a otra manada —le contesto a la señora.

El ronroneo de Copito me relaja. Me agacho para volver a acariciarle y le lleno un cuenco con un poco de agua.

—Entonces, si el amor es un gato, ¿qué es el desamor?

—¿El desamor? —me dice la mujer—. El desamor debe ser un perro, muchacho.

25

«Que vengas a explicar que todo ha terminado.

Que tengas que decir que no me quieres ver.

Es imposible que hayas olvidado

lo que los dos podíamos hacer».

LOS PLANETAS

No me preguntes qué ocurrió exactamente, no te cuestiones por qué fuimos acróbatas del Circo del Sol y nos acabamos cayendo del trapecio. Porque no lo sé. Si supiera la respuesta, no escribiría un libro, al contrario, encontraría la mejor manera de construir una máquina del tiempo y volver al punto exacto donde nos convertimos en trapecistas al borde del abismo. Ella haría lo mismo, leería los textos de Stephen Hawking otra vez y me ayudaría con la mecánica del aparato. Sería un trabajo en equipo, como todo el proyecto que habíamos cultivado hasta la fecha, porque fue el proyecto de una vida conjunta entre equilibristas del amor enaltecidos por su riesgo y espectáculo.

«Mira, ya podemos volver al pasado —le diría al terminar nuestra gran obra maestra—. Mira, cariño, somos tú y yo y tenemos el don de cambiar las agujas del tiempo». Y nunca me hubiera dicho que ya no la miraba con amor, ni que no se reconocía en mi lujuria, ni que se nos había desgastado la alegría. Y a mi buzón volverían a llegar benditas cartas de pasión desenfrenada, devoción recíproca por un afecto que traspasa las fronteras, esa línea divisoria entre dos mundos donde nosotros siempre, siempre, elegíamos el mar.

No me preguntes qué ocurrió. Deja, por favor, que siga intentando averiguarlo. Siéntate a mi lado, dime que todo esto pasará, deja que te hable de la Chica de los tirabuzones para que tú también la eches de menos y así poder consolarnos entre todos. Invítame a una cerveza y luego acompáñame en las que vengan, que suene *Segundo premio* de Los Planetas y cántala conmigo hasta que ya no me duela su letra; y llora, llora por mí las lágrimas que yo ya derramé en mi

baúl de los recuerdos.

Hoy me he despertado con un fuerte dolor en el pecho y sin ninguna máquina del tiempo construida.

Es una putada: el desamor es la resaca del corazón y todavía no han inventado el Ibuprofeno definitivo para ello.

26

A mamá la enterramos en el 99, cuando yo tenía ocho años. Fue la primera vez que me puse una corbata y todos me decían que era el niño más guapo del mundo. Eso me hizo sonreír y pensé que, a lo mejor, esa era la parte positiva de ser huérfano. Luego nunca más quise utilizar, ni siquiera pajarita, porque tenía miedo de no volver a verme tan guapo como aquel triste día de mayo del año 99.

La mujer que da de comer a los gatos callejeros me ha traído hoy una bolsa de ropa vieja de su difunto marido. Yo le he dicho que su esposo debía medir como dos metros, pero que yo soy muy bajito y no voy a poder usarla.

—Me gustaría que al menos te quedaras con su corbata favorita —me ha dicho—. Yo no la quiero y tú eres un buen chico, seguro, porque también eres amigo de los gatos.

El día que iba a conocer a mis suegros, la Chica de los tirabuzones me dijo que su padre era muy especial y que tenía que vestir con traje y corbata. Así que me puse de punta en blanco y fuimos a comprarla. Por el camino le conté que no había utilizado ninguna desde la muerte de mi madre y que, por tanto, me alteraba la idea de volver a ponerme una. Ella, tan dócil con las palabras, me acarició la nuca y me dijo que íbamos a comprar la más bonita para estar tan estupendo como aquel día del 99. Después de una hora, me anudó la corbata elegida y me dio un beso en la mejilla.

—Mírate en el espejo, cariño, yo creo que has conseguido volver a ser el niño de ocho años más guapo del mundo.

Hoy he vuelto a casa con la corbata del difunto marido de la mujer de los gatos y con un recuerdo que ya creía olvidado. Me la he puesto y me he mirado en el espejo. Hace tres meses que no duermo, tengo ojeras y se me está cayendo el pelo. Vivo echando de menos continuamente, pero eso es porque he querido demasiado.

Sonrío.

Hoy he vuelto a ser el niño de ocho años más guapo del mundo.

27

El café con poca leche, sin azúcar, sin galleta de cortesía. Solo quiero el café, muchas gracias. Y lo pido para llevar y voy en bicicleta hasta Port Saplaya, donde he quedado con Carlos para nuestro trote matutino. Luego nos damos un baño en el mar y dejamos que la desierta playa en el mes frío de febrero nos haga sentir únicos en el mundo.

—Martín, ¿tú crees en el destino o en las casualidades? —me pregunta una vez que nos hemos secado.

—Yo diría que son lo mismo. ¿Qué te hace pensar que las casualidades que nos ocurren no forman parte del destino?

Las olas nos hacen cosquillas en los pies. Una gaviota perdida grazna alto llamando nuestra atención. No hay ni una sola nube en el cielo.

—No sé, Martín. No hace ni tres meses los dos teníamos pareja y ahora nos hemos quedado solteros. Me gustaría pensar que eso es porque el destino nos tiene preparado algo mejor, pero puede ser que solo se hayan dado una serie de malas casualidades consecutivas.

—Yo conocí a la Chica de los tirabuzones gracias a la causa-efecto de seis casualidades. La conocí tal día como hoy, en febrero de hace cinco años, y tal y como el destino la puso a mi lado, me la arrebató.

El agua está congelada, pero hace tiempo que el frío y el calor me parecen lo mismo. El sol juega a cambiar constantemente el color de los ojos del mar y la gaviota perdida se empeña en querer decirme algo.

—Fíjate, Martín, no podemos dejar de mirar el horizonte porque es lo más parecido al infinito que conocemos; tiene poderes hipnotizantes.

—Dicen que nunca podemos llegar a él, pero yo juraría que he

estado caminando por esa línea durante los últimos tres años.

—¡Ya sería casualidad!

—O cosa del destino.

Los tetracrómatas somos quienes podemos percibir más colores que el resto de los ojos de los mortales. El agua me vacila con sus distintas tonalidades constantes y distingo, entre las olas, cada tirabuzón penetrante. La gaviota alza el vuelo y me lanza un adiós en forma de graznido, y yo sacudo la mano para despedirme mientras se pierde mar adentro, por donde, al fruncir la mirada, se divisa otra gaviota a lo lejos. Observo de nuevo la línea que separa el cielo del agua, es tan bella que sería capaz de distinguir más de diez millones de colores.

—Oye, Carlos, ¿y si el amor no es más que el horizonte de nuestras vidas?

28

¿Seré simple por cerrar los ojos e imaginarla desnuda en mi cabeza? Su cuerpo menudo se arroja por el precipicio de mi cerebro y se manosea las tetas ante mis ojos. Su mayor afición sexual era lanzarse contra mi entrepierna y usar mi aparato como si fuera una pistola. «¡Pum, pum: Alto, que disparo!». Y, aunque yo le dijera que no hiciera eso porque me dolía, las molestias merecían la pena solo por verla tan radiante, cachonda y eléctrica; tan mujer y divertida.

Hoy he quedado con una chica que conocí al tropezar con ella paseando por el río Turia. La conversación fluía hasta que he sido consciente de que me estaba pasando la mayor parte del tiempo hablando de la Chica de los tirabuzones.

—Tranquilo —me ha dicho—, es normal lo que te ocurre, no tienes por qué avergonzarte de seguir enamorado.

Luego hemos seguido hasta la Malvarrosa y me ha dado un beso en la mejilla.

La Chica de los tirabuzones ya no es una persona, se ha convertido en un duende que vagabundea desnudo por mi memoria y, de vez en cuando, se pega cachetes en el culo mientras baila a su ritmo las canciones de Los Inhumanos.

Después de mi quedada, mi duende se ha puesto serio y me ha dicho que no puedo dejar que me besen si sigo enamorado de él. Yo quiero besarte a ti, le he dicho; pero mi duende dice que ya no me quiere y ha seguido bailando canciones alegres.

He llamado a Carlos y le he preguntado cómo es posible que me considere infiel por un simple beso. Él me ha hablado de la infidelidad de sentimiento y de que es algo muy común entre los que somos unos calzonazos.

—Tenías que haberte acostado con ella —me ha dicho.

—Ya, pero es que hay un duende que se enfadaría mucho si lo hiciera.

Se ha quedado dormido en mi cabeza y no quiero despertarle. Avanzo por mi memoria sin hacer ruido y le cubro con recuerdos para que no pase frío. Tendrás que irte algún día, le digo a mi duende, y mientras me marcho, se gira repentinamente buscándome las cosquillas perineales, y me dice: «¡Pum, pum: Alto, que disparo!».

Y me he puesto cachondo y triste a la vez y ha sido muy extraño.

29

Cuando tenía siete años, mi madre venía cada noche a las nueve y media a arroparme y darme un beso en la frente. «Que descanses, hijito mío, que sepas que tu mamá te quiere mucho»; y me animaba a esbozar una media sonrisa antes de dormir porque tenía la extraña teoría de que, quien se acostaba sonriendo, amanecía de buen humor. Yo tenía miedo a la oscuridad, así que dejaba encendido un flexo cerca de mi escritorio para que estuviera tranquilo y, cuando se alejaba por la puerta, siempre decía sus palabras mágicas en valenciano: «Bona nit, cresol!» Luego, en plena madrugada, volvía a entrar en mi habitación y apagaba la luz, y, si yo me desvelaba y se lo echaba en cara, ella me masajeaba la nariz y me decía: «Tú no necesitas el flexo, cariño, tú ya eres un *cresol*».

Años después busqué su traducción y en un diccionario encontré el significado de *cresol*, o candil en castellano. Se trata de las lámparas de aceite de la antigüedad, la única manera que había de conseguir iluminación a partir del siglo X y, al momento, entendí que mi madre siempre me había considerado una luz que no necesitaba de otras para brillar en la oscuridad.

Recuerdo descubrir esto cuando era un adolescente y su muerte me quedaba ya muy lejana. Dejé el diccionario a un lado y salí a la terraza a observar el cielo oscuro de una noche más de finales de agosto. No había estrellas allí donde mi vista alcanzaba, así que me armé de valor, me subí a una de las sillas que teníamos y grité con todas mis fuerzas mirando al infinito: «Bona nit a tu també, cresol!»

Instantes después, prometo haber visto un punto de luz entre la inmensidad que yo interpreté como un beso de buenas noches en la frente. Luego me fui a la cama y esbocé una medio sonrisa antes de dormir, esperando que así, al despertar, tuviera el buen humor que hubiera deseado mi madre.

30

«Y cuando me tocabas volvía a la vida,

y el mundo se incendiaba con el roce de tu piel contra la mía».

La Bien Querida

Vuelvo a ser un niño lanzándome al vacío por los toboganes de su pelo. La Chica de los tirabuzones se recuesta sobre mi hombro y deja que la acaricie hasta que se va quedando dormida. «Ahora necesito descansar —me dice—, cuando me despierte habremos olvidado el ayer y volveremos a estar juntos. Siempre juntos —repite—. Nadie podrá con nosotros —va susurrando poco a poco—». Y yo la acompaño en su duermevela jugando con mis dedos en sus rizos mientras descubro entre sus raíces la pendiente de su melena, por donde al deslizarme voy ganándole terreno al tiempo, y siento que podríamos estar así para toda la vida. ¿Entonces hablas sobre mí cuando escribes?, su voz es un hilo de brisa marina. ¿Eso es que no has conseguido olvidarme?, y su aliento huele a la despedida que nos merecemos porque ahí fuera ya está amaneciendo y el sol amenaza con hacer sonar la alarma y despertarme de mi sueño. Paso la mano por los pliegues de la sábana y lanzo el despertador por la ventana. Vuelvo a quedarme dormido y la encuentro en un rinconcito de mi estómago, donde, con los brazos abiertos, hace ademán de acercarse a mí y fundirme con su cuerpo. Todavía es pronto para levantarse, me dice, sigue haciéndome cosquillas y deja que tu nariz resbale por mis toboganes. En esas, me suena el móvil y, al abrir los ojos, veo que es Carlos que me dice que está esperándome en el portal, que vamos a llegar tarde a nuestro *running* diario por la playa. Pego un salto en la cama y vuelvo a la vida real. Al bajar a la calle, encuentro mi despertador roto con aspecto de pedirme perdón por no permitirme estar más rato con la Chica de los tirabuzones.

31

«Y no he vuelto a pensar en ti

hasta que he llegado a casa.

Y ya no he podido dormir

como siempre me pasa».

LOS PLANETAS

Carlos me ha dicho que fume marihuana. En mi estómago hay dos obreros del amor picando piedra. Cada vez que están trabajando me entra gravilla en las entrañas, sobre todo por la noche, así que Carlos me ha recomendado que, para no tener ningún tipo de sueño sobre mi ex, fume marihuana para dormir. «Verás, tío, entrarás en una narcosis tan profunda que despertarás sin haber tenido esas pesadillas que te atormentan». Y así es cómo pretendo ahora dejar de escuchar a esos malditos obreros destrozarme la barriga.

Si me pronuncian su nombre, me entra taquicardia. Si la confundo con otra por la calle, me muerdo las uñas con vehemencia. Si alguien que no sabe que hemos roto me pregunta por nosotros, le miento todavía: «Nos va muy bien, seguramente algún día nos casemos». Y si sueño con ella, me levanto hecho polvo. Así que Carlos se encargará de proporcionarme la maría con la única condición de que me duerma rápido para no darle muchas vueltas a la cabeza. Y así no soñaré, y así no viviré la realidad que anhelo en fase REM.

Los obreros de mi interior me cuentan que el amor se encuentra realmente en el estómago y que estarán pegando palazos hasta que los surcos de mi vientre se sientan invulnerables al dolor. Cada vez que pican piedra, recuerdo una nueva anécdota junto a ella, lloro un poquito y anoto la historia en un papel, así que me están ayudando a escribir.

He quedado con Carlos y ahora tengo delante de mí cinco euros de estupefacientes.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta uno de los obreros—. Soñar es la única manera de tenerla a tu lado. ¿En serio vas a renunciar a eso? ¿Por qué no nos dejas trabajar a nosotros? Si no puedes dormir, solo sigue escribiendo.

Hoy será otra noche en la que me aferraré fuerte a la almohada como si estuviera abrazándola de verdad. Y luego hablaré sobre ella con los obreros y, bebiendo una cerveza, nos echaremos unas risas rememorando la mejor historia de amor que ha sido escrita.

Aquí dentro siguen picando piedra, pero eso es porque hay mucha felicidad que cicatrizar.

32

Hace tiempo que estamos alargando el final sin atrevernos a poner punto y final. No quiero hacerlo, ya sabes que pienso que, si las cosas se quieren, se pueden sacar por muy duras que sean. Parece que te has conformado, que te da igual que las cosas estén bien y mal a la vez, parece que no confías en mí (en nosotros), parece que no me has perdonado por el daño que te hice. Si te digo la verdad, creo que ya no me quieres, que todo te da igual e intentas mostrarte indiferente.

¿Dónde está el Martín que conocí? ¿Ese que se agobiaba sin saber cuándo sería la próxima vez que iba a verme, ese al que al mirarme le brillaban los ojos, el que, con una sonrisa, era capaz de hacerme sentir que, si estábamos juntos, lo demás eran tonterías? ¿Dónde está el Martín del que me enamoré? ¿Dónde está el Martín que me hacía sentir segura y querida? ¿Ese que llegó a mi vida y la llenó de luz?

¿Ese que escuchaba pacientemente todo lo que le contaba, aunque fuese la quinta vez que se lo repetía? ¿Ese que hacía que lo cotidiano se convirtiera en extraordinario?

Antes, cuando te miraba, podía encontrar amor, cariño, curiosidad, misterio, alegría, pasión, interés, dulzura, picardía, deseo, inocencia, emoción, preocupación, admiración y, sobre todo, felicidad. Ahora te miro y solo acierto a ver tristeza, indiferencia, lujuria y dolor. He intentado curar tus heridas, sin embargo, ¿cómo hacerlo si no me dejas? Mentiría si dijera que no eres la persona a la que más he amado, pero también lo haría si no dijera que eres la persona que más daño me ha hecho.

Si este es el final, y parece que lo es, solo puedo decirte que ojalá jamás pierdas tu sonrisa porque, aunque no se te vean esos pequeñitos ojos marrones cuando sonríes, iluminas todo a tu alrededor.

Martín, me gustaría poder cogerte la mano y hacerte sentir que todo va bien.

Tuya siempre,

la Chica de los tirabuzones

Hace ya cuatro meses que recibí su última carta. La vuelvo a leer cuando no puedo dormir porque es como si estuviera de nuevo a mi lado acariciándome las entrañas. Hoy se cumplen ciento cincuenta y cinco días desde que no concilio el sueño y su carta está cada vez más arrugada por guardarla debajo de la almohada.

33

Cuando la miro dormir pienso que está muerta. Se encoge como una oruga y se queda inmóvil durante toda la noche. Si me desvelo, la observo con sonrisa de zombi y le pongo el dedo cerca de la nariz para cerciorarme de que sigue respirando. A veces, se da cuenta de ello y, medio quejándose, me dice: «Tranquilo, cariño, que sigo viva». Y se vuelve a dormir como si nada mientras yo le acaricio el pelo y le digo: «El muerto tendría que ser yo, porque me quitas la respiración». Y es capaz de buscarme la mano por debajo de la sábana, rascarme el pulgar y decirme: «Oye, tendrías que dejar de ser tan cursi».

Yo no sé si la Chica de los tirabuzones llegará al metro cincuenta, me da vergüenza preguntárselo. Solo querría saberlo para saber cuántos centímetros me hacen falta realmente para ser feliz. Cuando Carlos venía a verme me decía que cada vez me veía más alto, pero le corregía al instante: En todo caso, me verás más grande. Y, aunque yo sabía que hablaba de mi estatura, siempre he querido pensar que mi grandeza era debida a nuestro amor.

¿Cómo puede ser? ¿Cómo ella, siendo tan pequeñita, me pudo hacer sentir tan grande? He tecleado «oruga» en Internet y he pasado el dedo por la pantalla. Me ha invadido la felicidad de nuestras primeras noches, cuando tenía miedo de dormirme antes que ella por si respiraba muy fuerte y no le dejaba pegar ojo. Joder, y saber que las orugas miden de media quince centímetros.

Podrán gustarte muchas personas, pero cuando te guste una de verdad, las demás habrán sido tontería. Es lo que me ha dicho Carlos esta tarde tomando una cerveza. Le he preguntado si me seguía viendo igual de alto que hace unos meses. Me ha contestado que incluso más que antes.

—Esa es la magia —ha dicho—, que el amor, incluso cuando se acaba, sigue haciéndote grande.

Y luego me he ido a casa imaginándome a un gigante enamorado poniéndole el dedo en la nariz a una hermosa oruga.

34

«¿Qué puedo hacer si después

de tanto tiempo no te dejo de querer?».

LOS PLANETAS

Hoy me he encontrado un pelo suyo en el asiento de copiloto de mi coche. Más de cinco meses después y aún sigue ahí, el muy condenado. Realmente ha sido Carlos quien lo ha visto primero cuando lo he recogido de su casa y, al sentarse a mi lado, me lo ha enseñado diciéndome: «Mira, esto forma parte de los restos del amor». Entonces se lo he arrancado de las manos y me lo he guardado en el bolsillo. «¿Qué vas a hacer con él?», me ha preguntado. «Ahora te lo diré —le he dicho—, cuando lleguemos a la playa»; y he acelerado para llegar lo más rápido posible.

No hay nada que me produzca más calma que un mar que me susurre al oído. Al descalzarnos y poner los pies sobre la arena, he sacado el pelo de la Chica de los tirabuzones y lo he alargado de punta a punta:

—Hay personas con las que ya no hablas, ya no te escribes, no las ves más; pero siempre, siempre, las querrás.

Y tras pronunciar estas palabras lo he dejado volar por los aires y lo hemos visto alejarse esquivando las olas y perdiéndose en el horizonte. Carlos se ha acercado a mí y me ha abrazado.

—Creo que lo que estás haciendo es una tontería —me ha dicho—, no por lo bonito del homenaje, sino porque no sabes la cantidad de pelos suyos que tienes en tu coche.

En mi viejo 207, ella y yo hacíamos el amor en Port Saplaya. En las primeras noches que no teníamos cobijo, nos resguardábamos en los asientos traseros y, entre la risa y la torpeza, entraba en ella como quien se tropieza al subir un escalón. Ahora entiendo que haya pelos suyos hasta en el techo del coche. Carlos y yo hemos quitado unos cuantos hasta que al final hemos desistido.

—Tranquilo —me ha dicho—, al final acabarán desapareciendo todos.

—No te preocupes —le he contestado—, aprenderé a vivir con ellos.

El mar guarda la magia de los paseos infinitos y nuestros primeros encuentros sexuales. Ella ya no me quiere, ¡pero nos hemos amado tanto! Vuelvo a subir a mi 207, acelero y escucho *High* de Lighthouse Family mientras canto a todo pulmón: «Cause we are gonna be forever you and me!».

Aparco cerca de casa.

Ojalá ella también guarde los pelos que me han caído en el fondo de su corazón.

35

Lo mejor que me ha dado el insomnio es conocer a los gatos callejeros, sobre todo a Copito. Cuando no puedo dormir, aparezco por el esqueleto del edificio y se pone muy contento cuando me ve. Viene corriendo hasta las vallas que nos separan (da igual si está cerca o lejos), se recuesta panza arriba y, amasando el aire con las patas, espera que le acaricie la barriga. Dicen que si un gato deja que le rasques justo ahí es porque confía en ti más que nada; así que creo que debemos ser ya muy buenos amigos.

Si Copito maúlla es porque quiere jugar. Le gusta que le persiga cercando las vallas del terreno y se sube a los pisos más altos fingiendo que me ataca desde arriba. Yo me entretengo haciéndole creer que no lo veo y me escondo en la parte posterior del edificio para, de repente, cruzarme con su mirada y verle saltar del susto.

Sin embargo, mi querido gato blanco nunca sabrá que nuestra amistad se ha movido por el péndulo de un desamor que yo no esperaba. Sobre las cuatro de la madrugada, la Chica de los tirabuzones decide hacer acto de presencia en mis sueños y abalanzarse contra mis labios, para luego irse y dejarme con los ojos como platos para el resto de la noche. Entonces yo me levanto de la cama, me lavo la cara y bajo a ver a los gatos y a esperar a la mujer que les da de comer, que suele amanecer al alba.

Copito debe tener unos quince años, que en tiempo de gato significa que yace en el crepúsculo de su vida. Aun así, en los últimos meses ha vuelto a recordar que un día fue tan joven como ahora se siente, y él pensará que es gracias a mí, y yo creeré que es por culpa del insomnio, y el insomnio será debido a la Chica de los tirabuzones porque ya no me quiere, y todo se hallará en la espiral de un periodo de tres años en el que nos amamos con locura, y ahora ella se ha ido, y yo no puedo dormir por las noches, y juego con Copito, y Copito me da las gracias, y yo todavía la amo tanto que miro al gato y le digo:

—No tienes que agradecerme nada, querido, todo esto es por la Chica de los tirabuzones.

Y luego le digo que ojalá algún día la conozca, pero a veces Copito es un poco arisco y no quiere escucharme, aunque yo le hablo igualmente de ella.

Los gatos son especiales porque son complejos, y los que viven en el esqueleto no son diferentes. Puede que sean muy huraños, sin embargo, sabes que cuando te demuestran cariño son muy fieles.

Hoy he soñado con la Chica de los tirabuzones. Hoy he vuelto a sufrir insomnio. Hoy he vuelto a jugar con Copito. Hoy he vuelto a acariciarle la barriga.

Hoy el desamor me ha seguido doliendo, pero un poquito menos.

36

«Y ahora ya no puedo prestarte mi abrigo,

ni quitarte la ropa, ni sudar contigo,

ni perder la calma, ni decirte las cosas

que nunca te he dicho».

QUIQUE GONZÁLEZ

«¿Ves las rendijas de la persiana? La habitación está a oscuras, pero por esas finas ranuras entra la luz del exterior, así que no tienes nada que temer, porque ¿sabes qué, hijito?, por muy negra que se te presente la noche, siempre podrás encontrar la claridad entre las fisuras de la persiana. Ahora duérmete, hijo mío, no tengas miedo, que mañana será otro día y mami te despertará al alba y te dará un beso, que ya sabes que mis besos tienen más luz que un mundo entero».

Cuando cierro muy fuerte los párpados veo estrellitas que se mueven y cambian de aspecto continuamente. Mamá diría que tenemos rendijas de persiana en los ojos y que por eso nos brota un atisbo de luz. Ahora lo veo todo negro, porque el amor es un globo de helio y se me ha escapado de las manos (lo que daría por ser astronauta y perderme en el espacio para recuperarlo, pero no tengo escafandra ni un traje adecuado).

De madrugada, en plena oscuridad, distingo a Copito del resto de la manada. ¿Sabes, pequeño gatito? He perdido mi globo de helio y estoy triste. Y el minino me anima a través de un maullido. Miro al cielo y distingo a mamá entre las estrellas que más brillan: ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora, mamita? Vuelvo a casa y me encierro en mi cuarto. Al dormir, me entra el pánico de la soledad y miro por las rendijas de la persiana. Busco a mi amor en la estratosfera y hallo el rastro de una historia tan bonita que se está convirtiendo en poesía. Tranquilo, globito, yo escribiré sobre nosotros, tú sigue volando por el firmamento.

Y luego intento conciliar el sueño, pero al cerrar los ojos veo millones de globos brillantes que me dicen adiós con su cordel. Quizás lo haya perdido para siempre, pero yo seguiré queriéndolo. El amor es tan fuerte que el corazón se me llena de helio y ahora soy un astronauta que no le teme a nada. Ahí afuera me espera una nave espacial tripulada por un gatito blanco. No puedo evitarlo, sé que esto es lo que hay: yo sigo enamorado.

Subo a la nave, me espera un viaje largo.

Sé que mamá estará sonriendo por las rendijas de las persianas del cielo.

37

Chulilla es un pueblo de la provincia de Valencia donde existe una ruta de montaña de puentes colgantes. La mañana de sábado se ha despertado nublada, pero pronto aparecerá el sol. A mi lado, medio dormida todavía, la Chica de los tirabuzones se hace un lío con las indicaciones de Google Maps para llegar a nuestro destino.

—¡Qué mal se me da interpretar la información del GPS! Lo siento, Martín.

—No te preocupes, *coret*, ya llegaremos. Lo importante es disfrutar del camino.

En ese momento ninguno de los dos sabemos todavía que en un año ya no estaremos juntos, que no volveremos a hablarnos, que el mundo colapsará contra una pandemia mundial y que toda la senda recorrida será el vago recuerdo de una felicidad caduca.

—Creo que ahora tenemos que girar a la derecha —me dice—. ¡Exacto, sí! Ahí está el cartel de Chulilla, a tan solo diez kilómetros.

—He cogido el trípode por si acaso. Seguro que hay unas vistas muy bonitas desde ahí arriba.

—También podemos aprovechar y hacernos fotos nosotros, porque nunca conseguimos salir bien los dos, Martín.

—No saldremos favorecidos, pero, como tú dirías, salimos radiantes.

—Es que a nosotros se nos da muy bien irradiar felicidad.

—Por la química, porque somos la tabla periódica del amor.

—Tú siempre tan cursi, cariño.

—Yo siempre tan enamorado, *coret*.

Levanto mi mano del cambio de marchas para coger la suya y

besársela. Ojalá hubiera sido consciente de las pocas veces que me quedaban de darle esos besos: no hubiera soltado su mano. Perfectamente podría haber conducido sosteniendo el volante con la izquierda y acelerando entre sus dedos a modo de palanca de cambios; apretársela lo más fuerte posible y arrimarla contra mi pecho, porque justo ahí, en mi corazón, es donde han echado raíces sus tirabuzones.

—¿Sabes lo que pasa cuando frotamos un globo, *coret*? Sucede que generamos una inducción de carga, y al acercarlo a otro cuerpo con carga contraria, se crea una fuerza de atracción, una especie de unión inquebrantable. Por eso podemos arrimarlos a una pared y hacer que floten.

—Ya lo sé, Martín: electrones en contacto con protones; se atraen y conviven en la armonía de su campo eléctrico —la Chica de los tirabuzones mira por la ventanilla—. Por cierto, puedes aparcar por esta zona, creo que ya hemos llegado.

El olor de su mano se ha hecho dueño de cada recoveco de mi mente. Respiro fuerte y mis labios tiemblan como el perro de Pavlov. Ella todavía sigue aquí dentro.

—¡Venga, va, en marcha! ¡A disfrutar de la ruta! ¡Están ahí los puentes colgantes!

—¡Ya voy, *coret*! ¡Y mira! ¡Las nubes se han disipado! ¡Ya podemos ver el sol!

—¡Corre, Martín! ¡Tengo ganas de seguir caminando!

—¡Y yo también! ¡Y siempre a tu lado! ¡Te quiero, *coret*! ¡Te quiero mucho!

Cojo aire, hincho un globo y lo anudo con las manos. Lo froto contra mi sudadera y lo dejo flotando en la pared.

Sonrío.

Los electrones hacen el amor con los protones.

38

No somos los mismos de hace tres años. Yo, por ejemplo, ahora tengo el corazón más vulnerable, pero más grande; duermo peor, pero he soñado mucho; estoy triste, pero conozco la mayor de las felicidades. Mi cabeza es el agua dulce del cauce de un río que se muere por entrar en contacto con el mar, hacer el amor con las olas, buscar la paz en la orilla, tirarse de cabeza a las profundidades de un corazón marino. Con este, ya son setenta días desde la última vez que nos vimos y me manifestó que era mejor no volver a tener contacto. Y a mí, en aquel momento, se me inundaron los pliegues de mis entrañas y estallaron en mil pedazos las cataratas de mis sentimientos.

Son las nueve de la tarde. He cogido *pizza* del Da Claudia y he venido a plaza Xúquer para sentarme en el Rocafull y comérmela acompañada de una pinta de cerveza. A mi alrededor, las imágenes de cuando me sentaba en esta misma terraza con la Chica de los tirabuzones. ¿Eso significa que si Valencia entera me recuerda a ella tendré que mudarme a otra ciudad? Noto una presión sobre mi pecho y de repente el hambre desaparece. Me asaltan las dudas: ¿qué pasaría si ahora me cruzo con ella? ¿Y si la veo cogida de la mano con otro chico? ¿Y si ni siquiera me reconoce porque ya ha olvidado que un día fuimos eternos? Le doy un mordisco a la *pizza*, pido otra cerveza y me la imagino sentada a mi derecha.

—Nos quedan tantos caminos por recorrer, mil proyectos, tantos sueños. Se me antojan infinitos si es contigo, *coret*.

—Ya le habíamos puesto nombre a nuestros hijos, lo sé, Martín; sin embargo, supongo que es lo que hacen todas las parejas: jugar a recorrer el futuro juntos.

—Pero es que tú y yo vinimos aquí para hacer historia y, ¡mira a nuestro alrededor!, ahora es la historia quien nos hace reverencia.

—Anda, pídeme una cerveza con limón para mí, al menos disfrutemos de este ratito en compañía.

—La gente me va a mirar raro si le pido una birra a alguien a quien estoy imaginando.

—Nunca nos ha importado lo que digan los demás, Martín. Recuerda, tú y yo hicimos posible lo imposible.

Ahora hay dos botellines en la mesa y nos miramos con sonrisa cómplice. La Chica de los tirabuzones pega un trago, se seca los labios y me dice:

—Vamos a brindar, Martín.

—Perfecto. —Alzo mi botellín al aire—. Por Emma, por la hija que nunca tendremos.

—Eso ha sonado bastante siniestro. Mejor brindemos por nosotros, porque siempre nos querremos.

—Por nosotros, *coret*. Por nosotros.

Y al ir a darle un beso, mi imaginación ha cambiado de parecer y me he vuelto a encontrar solo en el Rocafull. La pizza se ha quedado fría y la cerveza caliente. La música retumba dentro del local y distingo la canción *There she goes* de The La's sonando de fondo:

Ahí va ella,

ahí va ella otra vez,

corriendo a través de mi cerebro,

y yo simplemente no puedo contener,

este sentimiento que permanece.

Ahí sopla ella,

ahí sopla ella otra vez,

circulando por mis venas.

Y yo simplemente no puedo contener,

este sentimiento que permanece.

Pago y salgo corriendo por las calles de Valencia. Me invade la felicidad de saber que es imposible que olvidemos nuestra historia. Todas las aceras llevan nuestro nombre, ¡todas! Quizás es porque voy borracho, pero me pongo a gritar a los cuatro vientos que yo sigo enamorado.

—¡Ya no me da miedo no ser correspondido! ¡La Chica de los tirabuzones siempre me querrá!

La gente me mira de manera extraña y, al cruzar por Blasco Ibáñez, una panda de niñatos se burla y vacilan sobre lo mal que debo estar de la cabeza.

—¡Estás loco, chico!

Yo sigo corriendo.

Les compadezco.

Lo que pasa es que ellos no se han enamorado todavía.

39

Hoy he matado a un pajarito. Las estrechas carreteras que unen Valencia con los pueblos de alrededor son mi nueva vía de escape y ahora conduzco siempre que puedo buscando el atardecer en un lugar distinto. He estado en Sagunto, he visitado su castillo y he jugado a ser espectador en el Teatro Romano. La última vez que paseé por estas sendas lo hice acompañado, pero, incluso en la soledad, le sigo encontrando su magia.

Nunca fuimos muy de trucos ni artificios baratos para adornar algo que ya de por sí brillaba. En Jávea hicimos el amor en Cala Blanca y la luna saludaba desde arriba. Tejimos aventuras en Denia sumidos en la vorágine de una costa alicantina que ganaba enteros con nuestra presencia. Estuvimos en La Safor, subiendo el volumen de la risa por los alrededores de Gandia, y consumamos nuestro gen heroico en El Puig, donde ahora la recuerdo señalando un monasterio con la mano y diciéndome: «Mira, ahí es donde se casaron mis padres». Y yo la imaginé vestida de blanco, de rosa, de negro, o de naranja, cortándose un mechón de pelo y dejándolo caer en mis manos: «Toma, esto es tuyo, Martín, estaremos juntos para siempre». Y yo la miraría con ojos de futuro y le diría las palabras fascinantes de «sí quiero, *coret*». Nunca fuimos muy de trucos, pero éramos una pareja demasiado intensa para no creer en la magia.

Hoy he matado a un pajarito. El parque de Cabecera reúne la zona más frondosa del cauce del río Turia. He aparcado en Mislata y me he sentado en un banco a leer a Elvira Sastre con el ruido de fondo de unos adolescentes patos que se zambullían en el agua. La poesía de Elvira crea vida en mi cabeza:

El otro día pasé por la calle

donde ser felices era cuestión de mirarnos a los ojos.

Vi dos sombras apoyadas sobre la encimera

de la misma cocina donde tú y yo veíamos el futuro

sin necesidad de hacer ningún truco.

El día se va haciendo cada vez más largo y la tarde ha durado lo que dura la infancia de un recién nacido. Sobre las nueve, me he dejado perder por los vacilantes laberintos de bulevares que no acaban y, mientras sonaba en mi coche *Sweet Child O'Mine*, ya de vuelta a casa, he notado un sobresalto proveniente de las ruedas delanteras. Al parar en el arcén más cercano, un pájaro moribundo rebosaba sangre por el alquitrán de la carretera. El animal aún movía las alas levemente, agarrándose a la vida en su último intento por sobrevivir; y luego he mirado al cielo y una bandada de pájaros sobrevolaba las Torres de Serrano y piaban con la misma potencia que un aficionado enfadado con el árbitro en un partido. Uno de ellos ha descendido y se ha quedado al lado del que yo había atropellado. Con el pico, le besaba las costuras. A mí me ha sabido a despedida, y en su canto he descubierto sus verdades:

—Te pío mucho. Te pío como nunca antes he piado a nadie más —ha dicho el pájaro sano.

—Yo también te pío mucho, y siempre te piaré —le ha contestado, agonizando, el accidentado.

Entonces he creído ver cómo mi víctima se rendía y dejaba de mover las alas. El resto de la bandada se ha quedado cantando en lo alto de las torres y ha sido el adiós más digno que merecía.

He llegado a casa. Me he abierto una cerveza y he salido a la terraza. Seguía sonando Guns N' Roses. La música crea amor en mi cabeza:

Ella tiene una sonrisa que se parece a la mía,

me trae recuerdos de mi niñez,

donde todo era tan limpio como el brillante cielo azul.

Ahora y entonces, cuando veo su cara,

me lleva lejos a ese lugar especial,

y si mantengo la mirada mucho tiempo,

probablemente me derrumbe y llore.

Dulce niña mía,

dulce amor mío.

Tiene los ojos de los cielos más azules,

como si pensasen en lluvia,

odio mirar en esos ojos,

y ver una onza de dolor.

Su pelo me recuerda

a un lugar cálido y seguro,

donde como un niño me escondería,

y rezaría para que el trueno

y la lluvia

pasaran de largo silenciosamente.

Entonces yo también me he puesto a cantar muy alto y he creído ser un pájaro que también ha perdido al ave que más ha piado en su vida.

40

«Te paseas cada noche por mi mente:

a veces no puedo evitar tocarme,

otras no puedo evitar hundirme».

MARÍA VERA

A lo mejor tenemos el punto G en la espalda. Es lo que me dice Carlos cuando le hablo de la importancia de los abrazos, de cómo todo cambia cuando notas las manos adecuadas frotándote la espalda y apretándote con fuerza contra su pecho.

—Yo solo puedo tocar a Copito a través de la valla del edificio en ruinas que nos separa, pero nunca abrazarlo.

Carlos me habla del último abrazo que le dio a su padre antes de fallecer. Le digo que yo no tengo recuerdos del de mi madre. Los dos sonreímos ante la incomodidad de ponernos melancólicos el uno delante del otro.

—Va, dejémonos de tonterías, pillemos unas latas y vamos a ver a los gatos —me dice Carlos rompiendo de golpe con la conversación.

Nunca entendí los abrazos hasta que la Chica de los tirabuzones me habló del tiempo que hay que dedicarles a ellos. Extendía sus brazos en forma de cruz, sonreía y me invitaba a cruzar los míos con los suyos. Nunca he recibido una invitación tan difícil de rechazar.

—Vale, Martín, ahora cierra los ojos, aférrate a mí y deja que todo fluya. La gente se equivoca al pensar que el abrazo es una simple palmada en la espalda, necesita durar tanto como los dos lo creamos oportuno. —Y nos pasábamos varios minutos tan pegados que no sé dónde acababa su cuerpo y empezaba el mío.

Al llegar al esqueleto, la señora que da de comer a los gatos ya está manos a la obra con su recital de cada día. Al preguntarle sobre los abrazos, nos confiesa que su favorito es el que le da su nieta

siempre que puede.

—Es la mayor de mis alegrías. Será ella quien cuide de estos animalitos el día que yo no esté.

Muchas cervezas después, he vuelto a casa y me he metido directamente en el baño. Al desnudarme de cintura para arriba y mirarme la espalda en el espejo, he descubierto dos cicatrices a cada lado de las que no me había percatado.

—A lo mejor estas marcas en la piel son las alas que me han salido.

Me quito la ropa del todo y entro en la ducha. El agua golpea contra mis hombros y me acaricia la columna. La Chica de los tirabuzones ya no está, así que me abrazo a mí mismo tan fuerte que llego a tocarme el punto G que ella me descubrió en la espalda.

Me excito.

Quizás esa sea hoy la mejor manera de llegar al orgasmo.

41

Conduzco de mi pueblo a Valencia y, antes de llegar, paro en el espigón de la Albufera a ver el atardecer. El sol, a lo lejos, vacila con esconderse y decenas de personas fotografían con sus móviles la inmensidad de la naturaleza. Fue justo aquí donde la Chica de los tirabuzones y yo nos dimos nuestro primer beso el 29 de mayo de hace poco más de tres años, y no había vuelto desde entonces. El corazón amenaza con escaparse de mi pecho, pero he de enfrentarme, sí o sí, a estos sentimientos.

Me siento en un banco y una pareja se acerca para que les haga una foto con el sol de fondo. «Claro, sin problema, dejadme el móvil». Y primero les hago una cogiéndose por la espalda, otra con él besándole la mejilla, luego una donde saltan, después dándose un beso de tornillo y al final otra donde se miran a los ojos y sonríen.

—Y con esta ya paramos —me dice la chica—. Sé que son muchas, lo siento, pero es que estamos muy enamorados.

Les devuelvo el móvil y, acto seguido, les doy el mío y les pregunto si ahora ellos pueden hacerme alguna foto de la misma manera. Entonces me imagino que vuelve a ser 29 de mayo y me fotografían sonriendo, lanzando un beso al aire, abrazándome a mi espalda, saltando de alegría, gritándole al sol que yo he conocido estrellas que brillan mucho más, abriendo los brazos como si la Chica de los tirabuzones se abalanzara sobre mí y simulando que le muerdo un moflete. La pareja se queda perpleja y me miran como si me faltara un tornillo.

—¿Qué pasa? —les digo—. Yo también estoy muy enamorado.

Una vez en Valencia, voy directo al esqueleto donde los gatos pegan brincos al verme llegar. Acaricio a Copito y me relajo con su ronroneo.

—El atardecer de hoy está siendo maravilloso, es como si guardara magia —me dice, al verme, la mujer que les da de comer.

—No atardecía tan bonito desde el 29 de mayo. —Pero la señora no

entiende mi referencia y yo sigo jugando con mi blanco minino.

Luego saco el móvil del bolsillo y le digo que quiero fotografiarla junto a los gatos. La mujer se pone un poco nerviosa, pero acaba aceptando. Entonces Copito y compañía se acercan y, mientras yo congelo cada momento, ella los acaricia, les besa en los bigotes, pega un brinco de alegría, los mira a los ojos con una enorme sonrisa y los abraza desestabilizando la valla que les separa.

El ocaso del sol ha marcado el principio de la noche. A estas horas la pareja de la Albufera estará revisando sus fotografías y haciendo el amor en la ducha; la mujer que da de comer a los gatos rellenará los cuencos de comida y cantará una nana para que se duerman; y yo recordaré aquel 29 de mayo mientras iré borrando una a una mis imágenes de la tarde.

—Bah —me quejaré—, atardecía mejor en sus ojos.

42

En Daltónicos Anónimos todos están como una cabra. El primero en presentarme he sido yo: «Hola, soy Martín y estoy aquí porque lo veo todo en blanco y negro». Luego se ha levantado uno diciendo que él no ve nada, o, mejor dicho, la nada es lo único que ve: «No es que sea ciego, es que soy capaz de ver la ausencia». Otro ha comentado que solo ve el vacío y que para él no existen los colores: «Sé que estáis ahí, pero os veo en negativo».

La instructora nos ha mandado como ejercicio cerrar muy fuerte los ojos y volver mentalmente al día en que empezó nuestro trastorno. En mi caso, el momento en que la Chica de los tirabuzones me dijo que ya no estaba enamorada; para quien veía la nada, el instante en que se percató de que todos sus amigos habían muerto de viejos; y el que no distinguía ningún color recordó que hacía décadas que nadie le decía «te quiero».

Luego he tenido que decir cosas buenas sobre la Chica de los tirabuzones y explicar por qué me ha hecho mejor persona. «Venga, chaval —decía la monitora—, demuéstranos que esos tres años con ella han valido la pena». Y luego el primero ha hablado sobre lo que ha aprendido de la vida y el otro sobre por qué tendríamos que quererle.

En Daltónicos Anónimos les vamos ganando la batalla a los pigmentos transformando la desdicha en entusiasmo. Hay personas que nunca vamos a olvidar: como los amigos a los que vio morir el viejito, como los «te quiero» que hace tiempo recibió el otro paciente. Al acabar la sesión, voy directo a ver a los gatos callejeros y lleno sus cuencos con agua. Una vez la manada se ha reunido, les hablo de la felicidad que he vivido durante tanto tiempo y de que, pese a que la Chica de los tirabuzones y yo ya no estemos juntos, haberla conocido es lo mejor que me ha pasado. «¡Ella es tan genial! ¿Cómo no voy a seguir enamorado?». Y entonces la pena ha dejado de doler y los gatos han dejado de ser en blanco y negro y han ido recuperando, poco a poco, su color original.

Sé que todavía no estoy curado, pero mañana volverá a salir un

radiante sol amarillo.

La vida sigue, muchachos.

En Daltónicos Anónimos lo sabemos muy bien.

43

Copito hacía días que no comía y la mujer de los gatos y yo hemos ido al veterinario. En la sala de espera de la clínica, nos hemos dado la mano y he caído en la cuenta de que era la primera vez que nos tocábamos. Se la he apretado con fuerza y me ha acariciado la palma con su pulgar.

El aspecto físico de Copito había languidecido en los últimos días, pero justo una semana antes yo le había visto brincar como nunca por las escaleras del esqueleto. Ahora estaba pálido, con la mirada perdida y no reaccionaba a mis caricias en su barriga.

—Se trata de la semana de lucidez antes del desenlace —me ha respondido la veterinaria al preguntarle por mi inquietud—. La mejor manera que conoce el organismo de despedirse de aquellos a quienes quiere.

Por la tarde, he ido a la playa con Carlos y nos hemos sentado en la orilla, donde nos hemos bebido dos latas y hemos brindado por Copito.

—¿Tú piensas que hay vida después de la muerte, Martín?

—¿Y para qué tendría que haberla? Demasiado tenemos ya con aprovechar la vida que hay antes de la muerte.

—Yo creo en la reencarnación. Me gustaría despertarme un día y ver que me he convertido en gato callejero. Ese edificio en ruinas es como el edén de los animales.

Carlos se ha acabado el botellín y se ha lamentado de no haber traído más. Me río de él.

—No sé yo si aguantarías siendo un gato, ten en cuenta que ellos no beben cerveza.

Copito ya no está con nosotros. El gato que convirtió mi insomnio en la excusa perfecta para no llorar por las noches con mi visita al edificio en ruinas ya ha estirado todo lo posible su existencia. La

señora que les da de comer dice que yo le hice muy feliz durante los últimos meses, pero la realidad es que fue él quien me hizo sentir más vivo que nunca y en quien descargué el amor que aún me faltaba por darle a la Chica de los tirabuzones.

Copito ya no está, ha respirado profundamente y luego ha ronroneado como si ya hubiera llegado a un paraíso lleno de edificios en ruinas donde cientos de manadas de gatos juegan a saltar de escalera en escalera y, además, son cuidados por señoras que llenan sus cuencos de agua y comida por las noches.

De madrugada, después de mi insomnio habitual, he bajado al esqueleto y me han sorprendido los incesantes maullidos del resto de los gatos. La mujer que les da de comer ya estaba ahí cuando he llegado:

—Mira, muchacho, mira cómo maúllan todos a una. Suena a canción de despedida, pero es lo más hermoso que he visto nunca.

No sé si habrá vida después de la muerte. No sé dónde estará mi madre, ni los padres de Carlos. No sé dónde tengo que mirar si quiero seguir hablando con Copito. Sin embargo, sé que descansan en paz en algún lugar. Los gatos han seguido cantando y yo me he apoyado en la valla que nos separa y me he quedado dormido.

He vuelto a ver a Copito por última vez. Su cuerpo blanquecino seguía brillando como siempre. Luego he seguido acariciándolo y juraría que se ha quejado un poco cuando le he tocado las patitas.

44

Aquí entierro mis dudas, mis miedos y mis preocupaciones. Aquí me siento en silencio, no pertenezco a nadie, me dejo llevar por el viento y salto las olas como en una noche de San Juan. Los pescadores me saludan al pasar y me ofrecen café, bollos y coñac, pero el cuerpo solo me pide caminar. Ellos ya son como de mi familia porque conocen mis problemas al dormir y cómo intento frenar la propagación del desamor con mis largos paseos por el mar.

—¡Buenos días, chico! ¿Cómo te encuentras hoy? ¿Has venido de nuevo a la playa para olvidar?

—¡Eso nunca! Siempre que vengo es para recordar.

Hay amaneceres que deberían pedirle derechos de autor al color de sus ojos. Al sol le detecto dos pupilas y la Chica de los tirabuzones me saluda en cada rayo.

—¿Qué tal estás hoy, Martín? —me pregunta desde lo alto de la estrella.

—Muy bien, *coret*. Aquí es donde guardo todo lo que aprendí de ti. Fíjate en las olas, parece que seamos tú y yo quienes provocamos las mareas.

—No te olvides de mirar al horizonte, cariño, en aquella maravillosa línea se observa el *skyline* de nuestra historia.

—¡Claro que lo miro! ¡La de cantidad de aventuras que hemos vivido! Y ahora tú te has convertido en el sol de mis días y juegas a iluminarlos todos.

Para los pescadores, hoy es un día de suerte. Sus caras de felicidad demuestran que el trabajo de esta mañana ha merecido la pena. Me abrazan y me besan, pero yo solo quiero caminar por la arena.

—Quédate con nosotros, chico, ¿no estás cansado de tropezar una y otra vez contra tus recuerdos?

—Todo lo que he aprendido del amor está en el mar —les contesto mientras miro al sol y recibo una sonrisa de la Chica de los tirabuzones—, pero, quizás, hoy sí que sea un buen día para tomarme ese café con vosotros.

¿Cuánta agua cabe en un océano? ¿Alguien se habrá parado a calcularlo? Las olas no dejan de morir en la arena, pero el mar nunca se acaba. Le doy un sorbo al café tocado de coñac que me han preparado los pescadores.

Desde lo alto del sol, cada mañana me sonríen con más fuerza.

¿Y si mi corazón es como un océano y mi amor por la Chica de los tirabuzones es el agua que lo habita? ?

45

Cuando todo parece que está llegando a su final, el universo te concede siete días de armonía para celebrar por todo lo alto la despedida. No lo digo yo, lo dice la vida. Me siento en la misma cama donde hicimos el amor en aquella última semana y no dejo de recordarlo.

No estamos pasando por nuestro mejor momento y ambos lo sabemos. Sin embargo, esa manía tonta que tenemos de derrochar tanta atracción nos lleva a sacudirnos las tristezas y perder la ropa con la misma facilidad que ahora pierdo yo la cabeza por ella.

Está siendo nuestro último acto físico del amor, pero todavía no somos conscientes de ello. Han sido dos meses sin encontrarnos porque no hacíamos nada por buscarnos, y, de repente, sabiendo que quererse implica ceder, olvidamos nuestras diferencias y la Chica de los tirabuzones se posa encima de mí y se deja caer mientras yo confundo sus ojos con la luna. Acaricio sus pechos, con mi mano derecha le aprieto el izquierdo con la audaz intención de llegar a tocarle el corazón. Le beso la piel rosada como si besara su alma y las ganas palpitan al son de nuestras emociones.

Le digo que la quiero, me dice que me calle. Le digo que no puedo y me besa por todo el cuerpo. Le digo que lo siento, que no quiero perderla, ¡ni de lejos!, y ella respira fuerte y me dice que no me mueva, que ya le viene. Le digo que no pare, que se estrelle contra mis semejantes y estalle en una burbuja llena de sentimientos. Al acabar, se queda descansando y me fundo en su cuerpo desnudo y nunca he estado tan cerca de sentirme tan arropado.

La recuerdo ahora, en esta cama de hielo vestida con sus recuerdos y acaricio la almohada como si volvieran a ser los toboganes de su pelo. Nuestra semana de lucidez nos llevó también a dar un paseo por el puerto cogidos de la mano. Y he querido volver de nuevo allí, a sentarme cerca de Panorama y escuchar el sonido de un mar que me transmite la paz.

Antes de despedirse, la Chica de los tirabuzones me entregó un

diario personal donde están recogidas las fechas más importantes de nuestra relación y una larga explicación de sus sentimientos según el momento. Abro una página al azar y, con el corazón en un puño, repaso todo lo que ella me quiso.

46

«Porque no tuve ni tengo el valor de decirlo.

Que me hubiera casado contigo, de habérmelo pedido».

LA BIEN QUERIDA

5 de abril de 2020:

Llevamos veinticuatro días sin vernos y, aunque esta carta parezca evidente, en realidad no lo es. Hablamos todos los días por videollamada y lo agradezco bastante. Por muy cansada que esté, el simple hecho de verte hace que coja fuerzas para un día más y sea capaz de mirar el lado bueno de las cosas.

Sabes que me cuesta dormir, pero no sabes que me gusta dormir pensando en nosotros.

Me imagino a los dos abrazados y tú recitando poemas con esa voz cálida y dulce que me envuelve cada vez que me recitas. Hace poco te conté cuál era mi lugar favorito de pequeña (un estanque que había cuando vivía en Bilbao). Podía pasarme horas y horas mirando los peces, dándoles de comer, contándolos por si el grande (llamado Tiburón) se había comido alguno. Iba allí a pensar, a entrar en ese estado de paz y calma que ahora busco en el mar. En ese lugar me sentía como en casa, sentía que era capaz de detener el tiempo. Ahora, ese lugar está entre tus brazos, ya sea en una playa, en la Albufera, en la cama o en lo alto de la montaña. Vaya a donde vaya buscando esa paz, nunca la encuentro como lo hago cuando simplemente me abrazas. Te has convertido en mi lugar favorito y no hay un solo día que no piense en abrazarte y besarte. Creo que esta pandemia nos ha enseñado a valorar de verdad los abrazos de las personas que queremos. Cada persona abraza de una manera y, por ende, transmite un significado distinto. Hay millones de formas de abrazar, tantas como las hay de besar y con ellas puedes transmitir lo que sientes. Un día me dijiste que siempre llega ese abrazo capaz de hacer que nada importe; pues bien, yo te advierto que cuando acabe el confinamiento ya puedes correr y esconderte

porque, como te pille, no pienso soltarte. Siempre hay una primera vez para todo y tú y yo ya llevamos unas cuantas juntos. Quiero decirte también que te echo mucho de menos. Aún nos queda mucha cuarentena, pero vamos a salir de ella y lo vamos a hacer de la mano. Te voy a pedir una cosa y es que me hables, que me cuentes tus cosas, si estás agobiado, frustrado, triste, feliz, nostálgico, sensiblero, cariñoso. Que me cuentes cómo estás, lo que pasa por esa cabecita que de normal se queda ahí y, en vez de soltarlo, lo escribes. Puede que esto nos enseñe a apoyarnos más en el otro y ojalá, porque cuando discutimos es únicamente cuando nos salen las cosas y no puede ser siempre así. En esos momentos me doy cuenta de lo ajena que estaba a muchas cosas que nos pasan y de que no tengo ni idea de lo que te preocupa. Igual que te pido esto, yo intentaré hacer lo mismo, porque muchas veces me lo guardo pensando que, al no saber cómo hablarte, vas a reaccionar a la defensiva. Puede que sea algo de mi cabeza, pero, si no es así, me gustaría que saliéramos de esta habiendo superado la parte de hablar de los sentimientos. Tenemos que confiar y abrirnos más.

Por último, quiero que sepas que me he disfrazado un poco de ti y te he escrito un poema. Es la primera vez que hago algo así, por lo que espero que no te rías del resultado. Espero que te guste, y si no te gusta te aguantas, porque está escrito con mucho amor.

Me gustaría poder estar a tu lado ahora,

sin embargo, alejados también se aprende a querer.

Me gustaría poder cogerte de la mano

y hacerte sentir que todo va a ir bien.

Me gustaría volver a ese silencio

que nunca nos pareció incómodo.

Me gustaría decirte tantas cosas al oído,

pero sé que antes de empezar me entraría la risa.

Me gustaría que vieses el mundo con mis ojos un instante,

para que pudieses admirar tu belleza.

Me gustaría poder enseñarte lo que he visto en ti,

no podrías cerrar los ojos del asombro.

Me gustaría poder ver lo que hay dentro de ti

porque cuando me dejas verlo siento que de verdad

nos queremos.

Me gustaría que tuvieses sudaderas para prestarme

y más tarde regalarme.

Me gustaría quererte de mil maneras distintas

y a la vez todas ellas juntas.

Me gustaría quererte como tú quieres,

pero solo sé quererte a mi manera.

Te quiero, Martín, y te querré pase lo que pase.

Tuya siempre,

la Chica de los tirabuzones.

47

«¿Puedes mantenerme cerca?

¿Puedes amarme más?».

VANCOUVER SLEEP CLINIC

Ya no lloro. De verdad que ya no lloro. Que hay un punto en el que ya no quedan más lágrimas y de los ojos solo nacen raíces que pronto se convertirán en flores. Que ya no tengo miedo. ¡Que no! ¡Que no lo tengo! Suena *Someone to stay* de Vancouver Sleep Clinic y el nudo en el estómago ya no es de marinero y se van deshaciendo poco a poco las tristezas. Ya no lloro, ¡de verdad que no lo hago! Y si sueño con ella, que sea bienvenida. Y si la sigo amando, que sea amor del sano. Y si los dos tenemos alas, es porque siempre fuimos aves. Yo seguiré dibujándola en mis escritos en mi intrépido plan por convertirla en inmortal. Mi corazón me da las gracias por conocerla, una y otra vez, y cada pliegue de mi alma es un tobogán directo a su melena. Ya no lloro, ¡prometo que ya he parado! Si la veo se me desmontan las ideas, pero he aprendido de nuevo a recogerlas. Si me cruzo con su mirada, me tropiezo con los bordillos y me caigo, ¡y aun así sigo caminando! Créeme si te digo que ya no lloro, que es imposible que lo haga; porque la quiero tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, tanto, que en mi amor ya solo caben sonrisas que quiero dedicarle desde esta humilde historia que ahora cuento. Pienso que todo lo que hemos vivido ya no nos pertenece, que es universal y tú, que me estás leyendo, también sientes algo así por alguien, y ese alguien ojalá esté contigo ahora mismo, y si no, recuerda que todo pasa y que yo ya no lloro. ¡Que no, que no lo hago! Y si recuerdo mis lágrimas, miro detrás de mí y veo que he creado ríos y pantanos y ahora los gatos beben de mis charcos. Y si recuerdo su pelo, soy un niño en un parque acuático y la vida se me convierte en un tirabuzón la mar de placentero. Escucha mi canción, siente cómo todo resurge de las cenizas, recréate en tu memoria y haz saltos de valentía cuando llegue el estribillo. ¡Ya no lloro! Mírame a los ojos. ¡Yo ya no lloro! A veces le hablo a su fantasma y me abraza la nostalgia. El mundo es un lugar mejor

porque reconozco sus huellas en cada sonrisa. ¿Cómo no iba a ser el amor de mi vida? ¡La amo! Pero yo ya no lloro. ¡Que no! ¡Que no lo hago! Que lo de ahora es una excepción y si me ves hacerlo será por la felicidad de recordarla. Desde ahora y hasta siempre, yo regaré con lágrimas sus pétalos, y ella está plagada de ellos. Mira cómo escucho *Someone to stay* y veo que habla de nosotros, ¡aunque hace tiempo que todo habla de nosotros! Mis heridas acabarán por coserse. Volverá a nacer la esperanza desde el fondo de mi mar particular. Las olas me acompañan. ¡Ya no lloro! ¡De verdad que no lo hago!

La quiero.

¡Madre mía si la quiero!

Sonrío.

Todavía tengo su foto en la cartera. La miro.

Te quiero, le digo.

¡Madre mía si te quiero!

48

La urna de mamá es la más grande; la de copito, la mediana; y la cajita de madera que guarda las cenizas de las cartas que la Chica de los tirabuzones me escribió, la más pequeña. Carlos estaba conmigo en el momento de la incineración de toda la correspondencia que había ido recibiendo de ella durante los tres años de relación.

—¿Si quemas eso es que ya te has olvidado de tu *coret*? —me ha preguntado.

—No, por supuesto que no.

—Pero ya no estás enamorado, ¿no es así?

—Lo sigo estando, incluso más. Porque quererla sin vernos tiene el doble de valor.

—¿Entonces por qué has quemado todas sus cartas?

—Me había aficionado tanto a leerlas que les hice copias por si acaso perdía las originales. Aquí dentro están carbonizados los duplicados y las de verdad te las voy a dar a ti para que las guardes bajo llave. En caso de que tú las extravíes, llamaré a la Chica de los tirabuzones para que las transcriba de nuevo. ¡Me las sé de memoria!

A mamá la incineramos y nunca supimos qué hacer con sus cenizas, así que cuando me mudé a Valencia me las llevé detrás y ahora descansan en una estantería del salón. Con Copito, me dieron una urna con su nombre y la puse al lado de mi madre. Y ahora son los restos del amor de la Chica de los tirabuzones los que reposan, tranquilos, en el estante más visible de mi memoria.

—Si te digo la verdad, Carlos, creo que a veces necesitamos tener una urna como estas delante de nuestras narices para recordarnos lo bonita que es la vida.

La noche ha llamado a la puerta de la soledad y he despedido a mi

amigo hasta otro día. Después he abierto una cerveza y me he comido los restos de la *pizza* del Da Claudia del día anterior. Me he recostado en el sofá, he encendido el televisor y, con la enésima entrega de *Fast and Furious* sonando de fondo, se me han ido cerrando los ojos poco a poco.

Detrás de mí, decorando mi estantería, la familia, la amistad y el amor me veían dormir plácidamente.

49

«Nadie llega tan lejos

si no es para seguir».

NACHO VEGAS

¿Habrá sido una casualidad? ¿Será cosa del destino? No importa. ¿Acaso tengo alguna manera de comprobarlo? Tropiezo con ella casi sin querer paseando por la orilla del mar y mirando al horizonte. Una infinidad de toboganes me hacen cosquillas en la piel en un afán involuntario por volver a enamorarme de ellos. Frente a mí, la Chica de los tirabuzones está tan radiante como siempre, los ojos verdosos se extienden al cruzarse con los míos, las mejillas rosadas, tan abultadas como si guardara dos pelotas de golf en el interior de su mandíbula, la mirada transmitiendo la misma dulzura de siempre. El corazón se me hace pequeño y luego estalla como un caleidoscopio chocando contra el suelo.

¿La saludo como si nada? ¿Nos quedamos hablando un rato? ¿Me atreveré a proponerle tomar una cerveza en algún bar? Me gusta y no me gusta haberme encontrado con ella de esta manera tan repentina. Me gusta porque no podía ser en otro lugar más mágico que este, Port Saplaya a nuestra vera y el mar Mediterráneo que se burla de mis nervios. Y no me gusta porque me está entrando taquicardia y yo he venido a la playa a buscar el sosiego y la paz. Me doy cuenta de que da igual el tiempo que pase, es mirarla y volver a enamorarme como la primera vez. Sonrío y me devuelve la sonrisa. Sé que los dos estamos pensando en todas las veces que nos bañamos juntos en estas aguas, en cuando hacíamos el amor allí donde acaba la arena y aparcan los coches, el día aquel que perdió los pendientes en el mar y al buscarlos los confundí con dos piedras que nos acabamos quedando una cada uno como recuerdo. Yo todavía guardo la mía, ¿le pregunto por la suya?

Caminamos en la misma dirección y ninguno dice nada. Va descalza, y yo me muero por besarle los dedos de los pies. El fuerte viento que se gira provoca que su pelo tape su cara y ella luche por

evitarlo. Me hace risa: demasiados toboganes los de su melena. Le señalo la línea del horizonte donde las gaviotas vuelan en nuestra búsqueda. Si uno frunce mucho el ceño, también puede contemplar a varios pingüinos nadando en dirección a nosotros, o incluso a unos turistas saludándonos desde su kayak. Hay estrellas desde por la tarde y todas se han posado sobre sus ojos.

Le diría que la sigo queriendo, pero si es consciente de la cara de tonto que se me queda cuando la miro, ya se habrá dado cuenta de ello. La veo guapa, radiante, y ojalá alguien se cruzara con nosotros y nos fotografiara. En cambio, juego a guardar cada momento en mi memoria por si acaso fuera el último a su lado, sus tirabuzones bailando al ritmo del rugir de las olas. La inmensidad de la playa en jaque con la magia de su sonrisa.

Contemplo una vez más la belleza de la naturaleza, el agua que me cura, mis pasos cada vez más tranquilos sobre la arena. El horizonte es una línea que lleva escrito nuestro nombre. La cojo de la mano, la abrazo, y le noto las cicatrices de las alas en los laterales de su espalda. Sonrío. De todo lo aprendido, recuerdo lo más importante mientras las olas nos mojan los pies descalzos: No hay mar que por bien no venga.

Después la suelto y seguimos por el mismo recorrido.

—En fin, *coret* —le digo—, ¿cómo te va todo?

50

Tengo las zapatillas llenas de arena. Me siento en un banco de la Malvarrosa y me limpio los pies. Son las siete de la mañana de un nuevo día y el sol me sonríe como si fuera un dibujo animado. Hoy he combatido al insomnio paseando por la orilla del mar, dejando mis huellas tan clavadas que ni las olas eran capaz de combatirlas. Ya no tengo ganas de dormir, sin embargo, me pasaría el resto del día soñando.

Antes de volver a casa, he ido a ver a los gatos callejeros y saludar a la señora que les da de comer, pero en su lugar había una chica de unos veintitantos rellenando los cuencos y jugando con ellos.

—Perdona —le digo—, ¿tú quién eres?

—Soy Valentía. He venido a dar de comer a los gatos del esqueleto.

—No conozco a nadie que se llame así.

—No es mi verdadero nombre, pero escribo y mi amiga Carla dice que necesito un sobrenombre. Tú eres Martín, ¿verdad?

—Sí. ¿Quién te ha dicho mi nom...?

—Toma, ayúdame a poner agua en esos recipientes —dice antes de dejarme acabar de hablar—. Por cierto, mira allí donde empiezan las escaleras. Hay un gato negro recién nacido. Me pregunto de dónde habrá salido. ¡Qué bonito es!

He ayudado a Valentía con lo necesario y luego ha cogido una de las vallas de protección del edificio y la ha desplazado hacia dentro como si se tratara de una puerta. Ha puesto un pie dentro de la obra, se ha girado y me ha dicho:

—¿Entras conmigo, Martín?

—Esto es muy peligroso, el edificio podría caerse sobre nosotros.

—¿Alguna vez te ha caído uno encima?

Pienso en la Chica de los tirabuzones.

—Está bien —le digo finalmente—. Entraré contigo, aunque solo sean cinco minutos.

—No lo creo, una vez nos adentremos en él ya no querremos salir. Entiendo que sientas pánico, es normal. Hay belleza en la tristeza, pero también miedo en la felicidad. —Me ha cogido de la mano y me ha empujado hacia ella—. ¡Venga, Martín! ¡Vamos a jugar!

El diccionario define el desamor como la falta de amor o afecto a una persona o cosa.

Sin embargo, yo sigo igual de enamorado de la Chica de los tirabuzones. No sufro de desamor, al contrario, disfruto del amor que siento y he aprendido a convivir con él porque no conozco sentimiento más bonito. Esta mañana he cogido en brazos al gato negro y le he rascado la barriga. En su «miau» he distinguido el entusiasmo de una nueva amistad que ha empezado a forjarse. Quizás luego llame a Carlos y le cuente que, si existe alegría en la tristeza, tal vez sea porque las penas nunca son para tanto. El edificio no se ha derrumbado y puede que hoy, tras siete meses sin hacerlo, vuelva a dormir profundamente.

Hoy es cinco de julio y me parece la mejor fecha posible para haber llegado a dos nuevas conclusiones:

Al nuevo gato voy a llamarlo Tirabuzones.

A la vida voy a llamarla Valentía.

AGRADECIMIENTOS

A Clara Climent, por animarme a escribir este libro y convencerme de que sería capaz de hacerlo. A Ana Sentieri, por ser la Artista y por acompañarme en el proceso creativo durante todos estos meses en los que hemos intercambiado tantos mensajes. A todos los profesores de lengua y literatura que me marcaron en mi adolescencia, en especial y con cariño a Nuria Pérez. A Miñana, porque una noche de octubre de 2015 trajo unas cervezas a mi casa y con su conversación marcó el inicio de unos sueños que, poco a poco, voy haciendo realidad. A los Carlos de mi vida: Nacho, Ángel, Juan y Pablo. A V., a pesar de todo, por esa manía tonta que tengo de no dejar de quererte. A Guillermo, que vino un día de Argentina y se convirtió en preso de la tristeza latente que le vio marchar antes de tiempo. Tranquilo, yo me quedo con lo bueno.

Al primo Pedro y a la tía Ampa.

A mi hermana y a mi madre.

A MI PADRE.

ÍNDICE

PRÓLOGO

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50